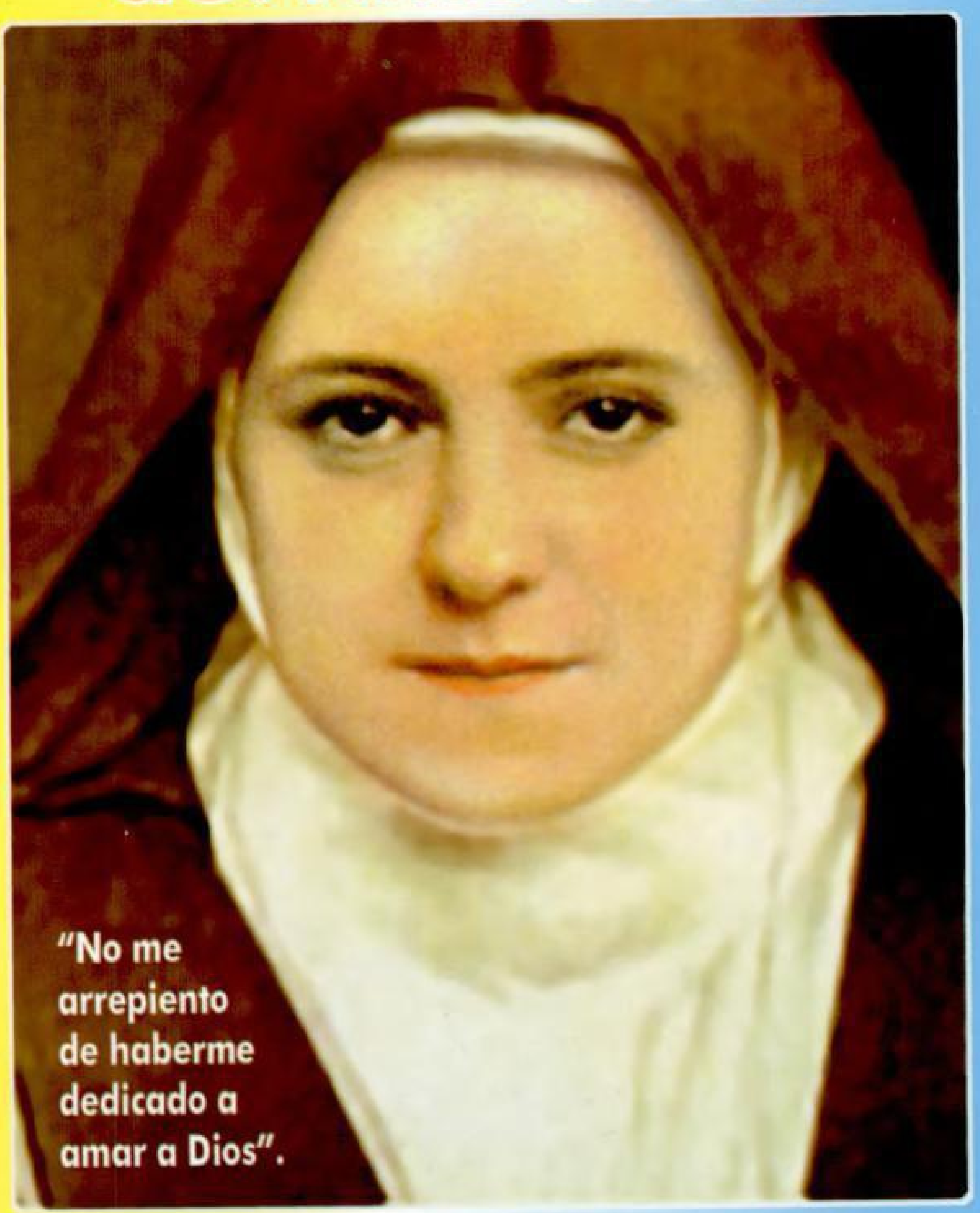
Autobiografía de SANTA TERESITA del Niño Jesús



Historia de un alma

Versión y adaptación: P. Eliécer Sálesman

Andagoya 388 y Av. América - C. P. 17-03-866
Tel.: (2) 254 16 50 - *Fax:* (2) 223 14 44
E-mail: specua@uio.satnet.net
www.sanpaolo.org/ecu/home.htm
Quito - Ecuador

ISBN: 9978-06-091-X

Distribución:

Ecuador
Ventas: Andagoya 388 y Av. América - C. P. 17-03-866
Tel.: (2) 2541650 - *Fax:* (2) 22314 44
E-mail: specua@uio.satnet.net
Quito - Ecuador

Estados Unidos
Alba House: 2187 Victory Boulevard
Tel.: (718) 7610047 - *Fax:* (718) 7610057
E-mail: sspsiny@aol.com
Staten Island, New York N. Y. 10314-6603 U.S.A.

Costa Rica
Calle 2 Av. 6 y 8
Tel.: 2565005 - *Fax:* 2562857
E-mail: spablocr@ice.co.cr
San José - Costa Rica

Guatemala
11 Calle 0-49 Zona 10 Local A
Tels: 3602715 - 3602765 - 3602735 - *Fax:* 3602695
Ciudad de Guatemala

Panamá
Boulevard El Dorado - Av. 17B Norte, Edificio Park View 1
Apartado 6-7210 El Dorado
Tels.: 2603738 - 2604862 - *Fax:* (507) 2606107
E-mail: pablopa@cableonda.net
Panamá - República de Panamá

Con aprobación eclesiástica

Breves datos de "Historia de un alma"

La madre Inés (o sea, su hermana Paulina) prometió a Teresita moribunda que publicarían sus cuadernos autobiográficos y cumplió su palabra. Un año exactamente después de la muerte de la santa, apareció el 30 de septiembre de 1898, el libro *"Historia de un alma"*, que contenía los tres cuadernos redactados por Teresita. El libro tenía 475 páginas. Lo costeaba su tío Don Isidoro Guerin. Se editaron 4000 ejemplares.

El libro se envió a los conventos de Carmelitas y a varias personalidades. Pronto empezaron a llegar cartas de obispos y de superiores de órdenes religiosas (trapenses, eudistas, carmelitas) elogiando esta obra.

Fue necesario hacer en 1900 una segunda edición de 6000 ejemplares. En ese mismo año traducido al inglés y luego al italiano, holandés, polaco y español (en la actualidad está traducido en 40 idiomas).

Sus mismas hermanas exclamaban: "Nunca habríamos podido imaginar ni la centésima parte de la conmoción universal que produjo esta publicación".

Lo que produce este libro

Ha venido sucediendo en todas partes lo siguiente:

1. Alguien lee la *Historia de un alma*. Esta lectura le conmueve profundamente y hasta le transforma.

2. Reza a santa Teresita y siente que le escucha y le consigue la gracia que necesita.

3. Cuenta a otros con entusiasmo la gracia recibida y presta, regala o recomienda el libro.

4. Los nuevos lectores son, a su vez, transformados y escuchados, contagiando a otros de esta devoción y aprecio por la santa. Y así se propaga el entusiasmo de persona a persona.

En 1915 ya se habían difundido 211.000 ejemplares de la *Historia de un alma,* y 700.000 de la *Vida abreviada de la santa.*

En 1925 ya se habían repartido 30 millones de estampas con su retrato. La *Historia de un Alma* atrajo tantas vocaciones religiosas a Lisieux, que fue necesario mandar imprimir un volante anunciando que no había cupo para más aspirantes. También para muchas otras comunidades atrajo numerosas vocaciones, este hermoso libro.

Grandes teólogos y sabios famosos han hecho impresionantes elogios del libro *Historia de un alma* de santa Teresita (por ejemplo, von Baltasar, el Cardenal Suhard, P. Congar, Paul Claudel, Bernanos, G. Papini, etc.)

Más de 10 millones de personas pasan cada año por Lisieux a visitar los sitios donde vivió y murió santa Teresita y a pedirle que les consiga favores del cielo. Y se los consigue abundantemente.



Fotografía Auténtica
De Santa Teresita

Santa Teresita escribió en una carta, poco antes de morir: "No me conocen tal como soy en verdad". Esto lo decía por humildad, pero ahora se sigue cumpliendo en el sentido de que muchas personas no conocen en verdad, las maravillas que la gracia de Dios obró en esta sencilla muchachita, que en tan pocos años de vida en la tierra, alcanzó un puesto tan alto en santidad. Para lograr conocer la vida de santa Teresita, tal como fue en verdad, publicamos ahora esta autobiografía. Toda ella está tomada de documentos escritos por su propia mano.

La historia de este libro

En algunos de los recreos de la comunidad de hermanas carmelitas, narraba Teresita detalles curiosos de su infancia, y ante la gracia que esto producía entre los oyentes, una de las religiosas le recomendó a la Madre Superiora que le diera la orden a la joven hermanita para que escribiera sus memorias. Al principio la superiora no hizo caso a esta recomendación, pero luego, ante una nueva petición de las religiosas, le mandó a Teresita que en sus ratos libres escribiera todo lo que recordara de su infancia. Ella para esto empleó los domingos por la tarde que era el tiempo que más tenía libre, pues no quería con este trabajo, descuidar los demás oficios que debía hacer durante la semana. Llenó con ello un cuaderno de 86 páginas donde, según sus palabras, lo que desea es *"cantar las misericordias del Señor"* que la ha hecho crecer como una *"pequeñita flor blanca"* bajo los rayos del sol divino. Ese escrito se llama "Manuscrito A". Lo terminó de escribir en marzo de 1896 (año y medio antes de su muerte).

Las religiosas se dieron cuenta de que en sus escritos solamente había hablado de su vida de infancia, pero no había contado nada de su vida religiosa, y la nueva superiora del convento le ordenó entonces, escribir lo que recordara acerca del tiempo que había pasado en la comunidad. Así, aparece un nuevo cuaderno de 36 páginas que se llama "Manuscrito B". Dejó de escribir cuando, débil por su enfermedad, ya no era capaz de mover la pluma (faltaban tres meses para su muerte). Al morir Teresita, su hermana Paulina, religiosa carmelita, en unión del tío Guerin, (hermano de la mamá de la santa) editan estos escritos con el nombre de *Historia de un alma*. El éxito del libro resulta asombroso y pronto se multiplican las ediciones y empiezan a traducirlo a los idiomas más importantes del mundo. Con esto, la fama de Teresita crece de manera impresionante y ella se vuelve inmensamente popular.

Durante los seis meses de su última enfermedad, su hermana Paulina (que en la comunidad se llamaba Madre Inés), recogió cuidadosamente las 850 frases que la santa pronunció en su lecho de enferma, y con eso se publicó el libro "Últimas conversaciones", el cual es verdaderamente impresionante . (Está al final de este tomo...).

Estos dos libros: "Historia de un alma" y "Últimas conversaciones", más los centenares de cartas de Teresita y de sus más cercanos familiares, y luego las declaraciones juramentadas que hicieron los testigos para su canonización, fueron los escritos que proporcionaron los datos para esta autobiografía.

Una santa equivocación. Teresita dejó escrito en sus cuadernos de autobiografía: *"Estas páginas quizás nunca se leerán en la tierra"*. Y ha sucedido todo lo contrario. Sus escritos han sido publicados en más de cien países y en los más diversos idiomas, y aunque ella vivía escondida en un ignorado convento, cubierta su cabeza con un velo oscuro, y quería pasar desapercibida, ig-

norada por todos, ahora millones de personas ven su rostro descubierto, gracias a las fotografías que le tomó su hermana Celina y que se han difundido por todo el mundo. Dios engrandece a los humildes.

Poco antes de su muerte, una religiosa exclamó: *"¿Y qué podrán decir o escribir de una monjita tan igual a todas y de una vida tan ordinaria y sencilla?"*. Y cuando alguien propuso que se introdujera su causa de canonización, la propia superiora respondió: "Si la declaran santa a ella, tendrían que declarar santas también, a todas sus compañeras en el monasterio, porque su vida era como la de las demás". Y sin embargo, a los dos años de su muerte (en 1899), sus familiares (los Guerin) dicen que tendrán que abandonar Lisieux porque ya no resisten la continua visita de tantos peregrinos que llegan a averiguar datos acerca de Teresa. Y se hace necesario colocar guardias junto a su sepultura porque todos quieren llevar tierra de allí como recuerdo.

Su autobiografía *Historia de un alma* ha entusiasmado a millones de personas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos de toda raza, lengua, pueblo y nación. Cuando el Papa Pío X leyó la *Historia de un alma*, exclamó: *"Esta es la santa más grande de los tiempos modernos"*.

Monseñor Builes, fundador de los Padres Javerianos y de las hermanas Teresitas, decía que, desde que leyó la autobiografía de esta santa, su vida se transformó por completo.

El Papa Pío XI declaró: "La historia de Teresita de Jesús ha desatado un huracán de gloria".

Pío XII la llamaba "la más ilustre taumaturga (obradora de prodigios) de los tiempos modernos".

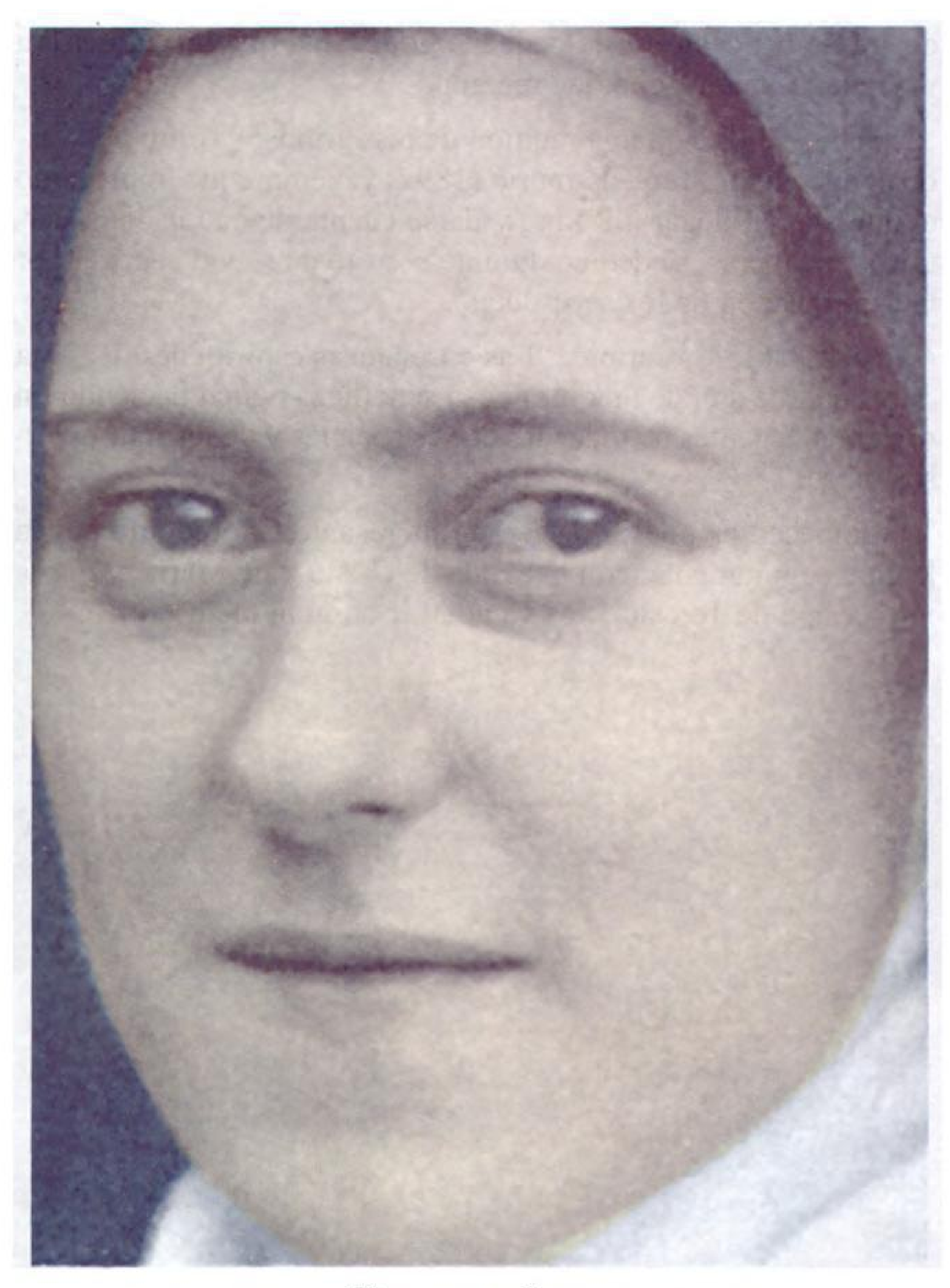
Juan XXIII dejó escrito: "Mi oración se eleva frecuentemente hacia Teresita del Niño Jesús, confiándole mis dificultades y mis esfuerzos por conseguir la paz con todos. Nunca

dejaré de bendecir a esta pequeña gran santa que ha sido en mi vida como una estrella que me guía".

Pablo VI dijo en una reunión de peregrinos: "Yo fui bautizado el año en que Teresita murió (1897) y siempre me impresionó el que ella, al llegar a Roma, y darse cuenta de que había sacerdotes mediocres, se dedicó durante el resto de su vida a rezar por la santificación de los sacerdotes".

Juan Pablo II escribió: "Las enseñanzas espirituales de santa Teresita, que son de una luminosa sencillez, siguen haciendo un gran bien a gentes de todas las clases sociales y de los más diversos países".

Empecemos pues, a leer esta interesante autobiografía cuya lectura seguramente, con la ayuda de Cristo y de María, y por la intercesión de Teresita, nos va a hacer un gran bien.



Siempre alegre,
a pesar de sus sufrimientos

Capítulo 1

El pueblo, la familia y los tres primeros años

El nacimiento: 2 de enero de 1873

El 2 de enero de 1873, jueves, a las once y media de la noche, fue mi nacimiento en un pueblo llamado Alençon, en la provincia de Normandía (que está al noroccidente de Francia, junto al mar, frente a Inglaterra).

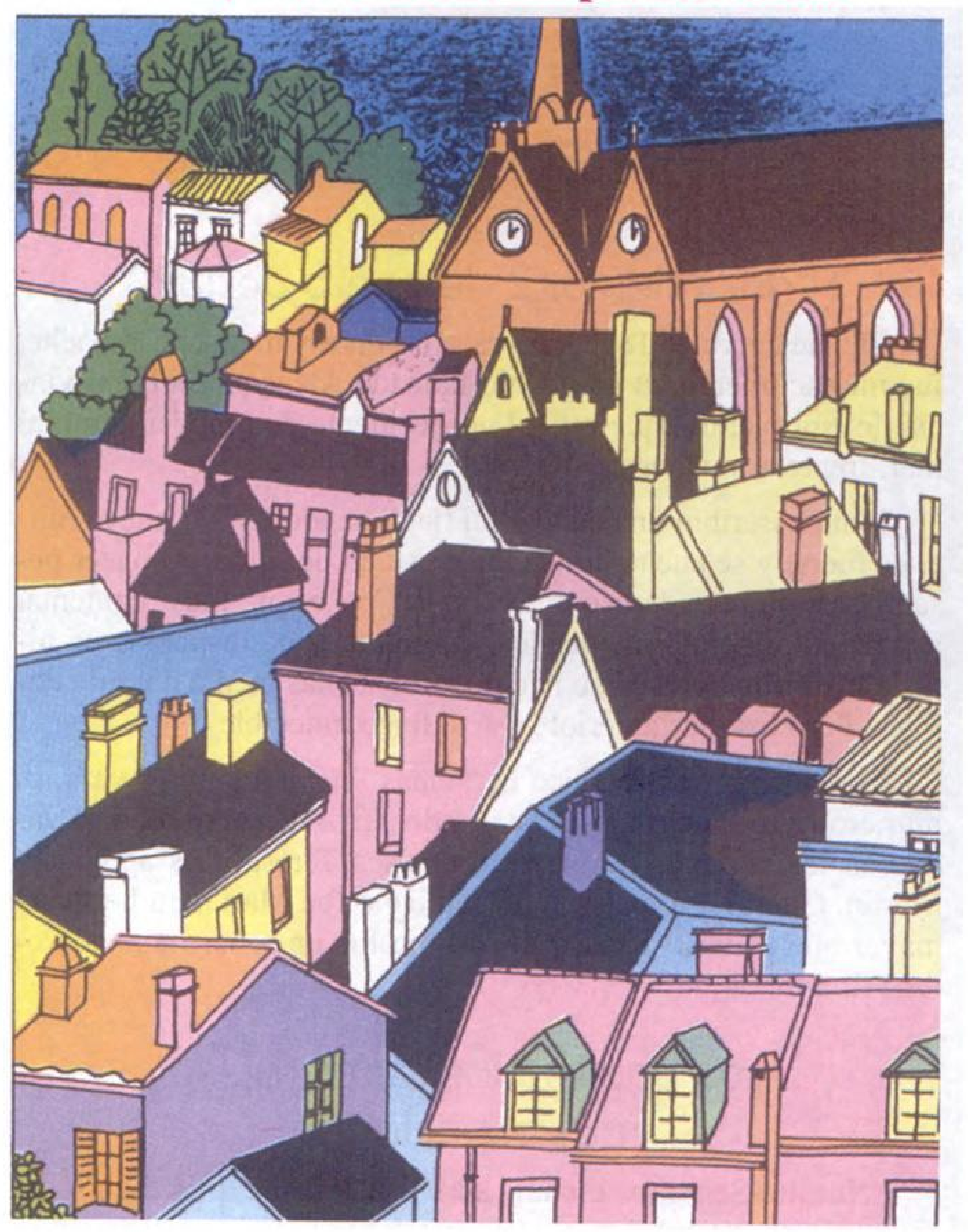
Mamá escribió una carta a mi tía diciéndole: "Mi nueva hijita es fuerte y se encuentra en buen estado de salud. Al nacer pesaba seis libras. Parece muy linda. Yo estoy muy contenta, aunque al principio me quedé sorprendida, pues esperaba un niño. He sufrido poco en su nacimiento; apenas media hora de dolores. Pero los días anteriores, sí sufrí lo indecible".

Era la menor entre cinco hermanas. Los hermanitos varones murieron a los pocos meses de nacidos. El 4 de enero fui bautizada con los nombres de María Francisca Teresa. Los apellidos: Martin, Guerin. La madrina de bautismo fue María, mi hermana mayor que tenía 13 años, y el padrino fue un señor llamado Pedro Alberto.

Los papás, dos personajes muy especiales

"Nuestro Señor me dio un padre y una madre, más dignos del cielo que de la tierra".

Alençon, Francia, mi pueblo natal



En esta pequeña ciudad de Francia nací
el 2 de febrero de 1873.

Mi papá: Don Luis Martin

Nació en Burdeos, Francia en 1823. Educado en la academia militar, aprendió a llevar una vida muy disciplinaria. Luego quiso ser religioso y se fue al monasterio llamado Gran San Bernardo, que está en las montañas de los Alpes, y donde se atiende a los que tienen que atravesar esos caminos llenos de hielo. Pero, por no saber latín, no fue admitido para el sacerdocio. Sin embargo, esa formación religiosa le fue inmensamente útil durante toda su vida.

Aprendió relojería y joyería. En 1850 se fue a vivir a Alençon donde sus padres tenían un taller de relojería y una joyería, y allí trabajó con ellos.

De temperamento tranquilo y meditabundo, papá Luis llevó durante ocho años una vida de trabajo, sólo interrumpida por largos ratos de pesca, que su entretenimiento favorito y algunos paseos de cacería, veladas y academias con sus compañeros de Círculo Católico. Su fe y su religiosidad permanecieron en pleno fervor.

Sacrificio. Aunque era algo que le hacía perder muy buenas ventas, nunca abrió el taller ni la joyería los domingos. Su lema era el que mandó Moisés: *"Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el día del Señor descansarás"*.

Iba a misa varios días cada semana. Pertenecía a la adoración nocturna, asistía a las peregrinaciones que los de su parroquia hacían a santuarios religiosos y no se avergonzaba de aparecer católico, apostólico y romano, siempre y en todas partes.

Su elegancia natural, sus ojos azules, su manera tan amable de tratar a la gente, llamaban la atención de varias jóvenes del vecindario, pero él parecía no estar pensando en matrimonio. Compró una casa de dos pisos y allí se retiraba frecuentemente a leer, meditar y cuidar el jardín. En medio de las flores colocó una estatua de la Virgen que le regaló una joven piadosa.

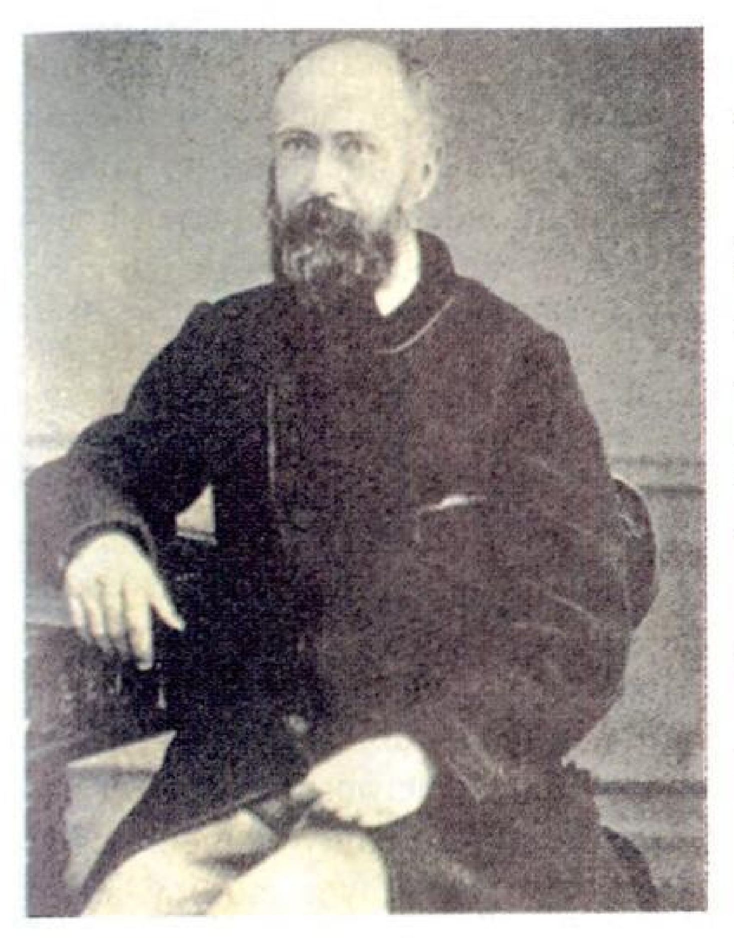
Su mamá se preocupaba al ver a su hijo de 34 años todavía soltero, y pedía a Dios para él una buena esposa. De pronto hubo en Alençon un curso para especializarse en tejidos (que era la industria que hizo famosa aquella ciudad en toda Europa), y entre las alumnas, la señora Martin encontró una joven muy amable, buena cristiana y muy dotada para el arte del tejido y le pareció que esa podría ser una buena esposa para Luis.

Celia Guerin, mi mamá

María Celia Guerin había nacido en 1831 y tenía entonces 26 años. Su padre Isidoro había sido militar en el famoso ejército de Napoleón. La infancia de mamá Celia no fue feliz. Era hija de Juana Macé, una ruda campesina que la trató muy mal. Por eso, escribiendo más tarde a su hermano menor, le decía: "Mi infancia y mi juventud fueron tristes como una mortaja de funeral. Porque si a ti mi madre te mimaba, conmigo era demasiado fuerte y áspera. A pesar de ser muy buena, no sabía tratarme con amabilidad. Por eso sufrió mucho mi corazón" (puede ser que esas tristezas y angustias de su juventud le hayan hecho llegar el cáncer que se la llevó en tan temprana edad).

Mamá Celia era inteligente y tenía facilidad para escribir. Sus cartas son numerosas y muy bien redactadas. Además, era una trabajadora infatigable. Por haber sido educada con tanta aspereza, y quizás, por haber sido instruida en religión por métodos demasiados serios y asustadores, sufrió de ansiedad, de temores y hasta de escrúpulos.

Su hermana que era religiosa, le escribía diciéndole: "No se atormente a sí misma, porque parece que es ingeniosa para atormentarse". Pero su gran sentido común le permitió reponerse de esos nerviosismos y encaminarse hacia la santidad. Ella escribió: "Quiero ser santa pero no va a ser fácil porque hay mucho que devastar, y el tronco es duro como la piedra".



Los Siervos de Dios Luis Martin (1823 - 94) Y Celia Guérin (1831-77)

Padres de Santa Teresa del Niño Jesús, declarados «Venerables» por Juan Pablo II el 26 de marzo de 1994.

«El Señor me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra».



Ella tambien quiso ser religiosa, pero la superiora del convento de su ciudad la hizo cambiar de parecer diciéndole que esa no era su vocación. Entonces, se dedicó con toda su consagración y sus buenas cualidades a aprender el arte de tejer, la especialidad de Alençon. Y llegó a ser tan hábil que a los 20 años de edad, abrió su propio taller de tejidos.

Matrimonio

Entre el primer encuentro de Luis y Celia, y el día de su matrimonio, sólo transcurrieron tres meses. El 13 de julio de 1858 (año de las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes) contrajeron matrimonio. Al principio, papá Luis propuso a mamá Celia que vivieran como hermano y hermana, pero después de diez meses de casados, un confesor les recomendó que lo mejor era traer buenos hijos al mundo. Y obedecieron. En su hogar nacieron 9 hijos (7 niñas y 2 niños), y murieron muy pequeñitos (en aquellos tiempos, la mortandad infantil era muy grande), y las hijas serán todas religiosas.

Sufrimientos

En 11 años (1859 a 1868), mamá Celia sufrió la muerte de 4 de sus hijos, y en ese tiempo murieron también, sus dos papás. Con razón escribió el año en que yo nací: "En mi vida he tenido que sufrir mucho". Luego le llegó una enfermedad dolorosa que avanzaba día por día: un cáncer en el pecho. Ella siguió trabajando como si nada estuviera sufriendo. Escribía entonces: "Sólo tengo 40 años y siento que mi muerte se acerca a pasos rápidos. Me encantaría poder criar y educar muy bien a Teresita y las demás hijitas. Me gustan mucho los niños. He nacido para cuidarlos y ayudarlos. Pero… que se haga lo que a Dios le parezca mejor".

La familia al nacer la hija menor

Cuando yo llegué al hogar ya había otras cuatro hermanas. María, la mayor, tenía trece años. Fue la preferida de su padre. Era una adolescente independiente. No quería oír hablar todavía de matrimonio ni de vida religiosa. La seguía Paulina, de 12 años, que estudiaba interna con las hermanas de la Visitación. Calmada, estudiosa, fue la que mejor comprendió a mi mamá. Entre las dos mayores y las dos pequeñas estaba "la pobre Leonia". Sus enfermedades, su rostro triste, su dificultad para estudiar, hacían que ella fuera una niña retraída y poco tratable. Después venía Celina, con sus cuatro años. Aunque delicada de salud era muy activa y mi compañera inseparable.

En el matrimonio Martin Guerin, la madre lo era todo. Nunca se quejaba de la serena bondad y de la gran tranquilidad de su esposo. Ella escribió: "Mi marido es un santo. Yo desearía que todas las esposas del mundo recibieran la suerte de tener un marido tan bueno como él".

Buena situación económica

Papá Luis y mamá Celia, cuando se casaron ya tenían cada uno sus buenos ahorros. Eran muy trabajadores y no gastaban dinero si no en lo necesario; por eso, habían ido consiguiendo sus bienes. Poseían dos casas y el taller. Mamá llegó a tener veinte empleadas. Ella se levantaba temprano y se acostaba tarde. Personalmente revisaba todos los trabajos que se hacían en su taller y les daba los últimos toques. Los jueves atendía a los compradores. En una carta escribía: "Vivo totalmente dedicada a mi trabajo. Los pedidos son tantos que casi no nos alcanza el tiempo para dar abasto".

En 1870, (doce años después de su matrimonio), papá Martin dejó a un amigo la administración de la relojería y él se dedi-

có a administrar el negocio de tejidos de su esposa. Así ella podía dedicarse más a la familia y descansar un poco. En ese año los alemanes invadieron a Francia y la familia Martin tuvo que hospedar obligatoriamente, a un grupo de militares invasores. Mamá Celia escribía: "No se portaron mal, pero se comían todo lo que encontraban. Afortunadamente se fueron pronto".

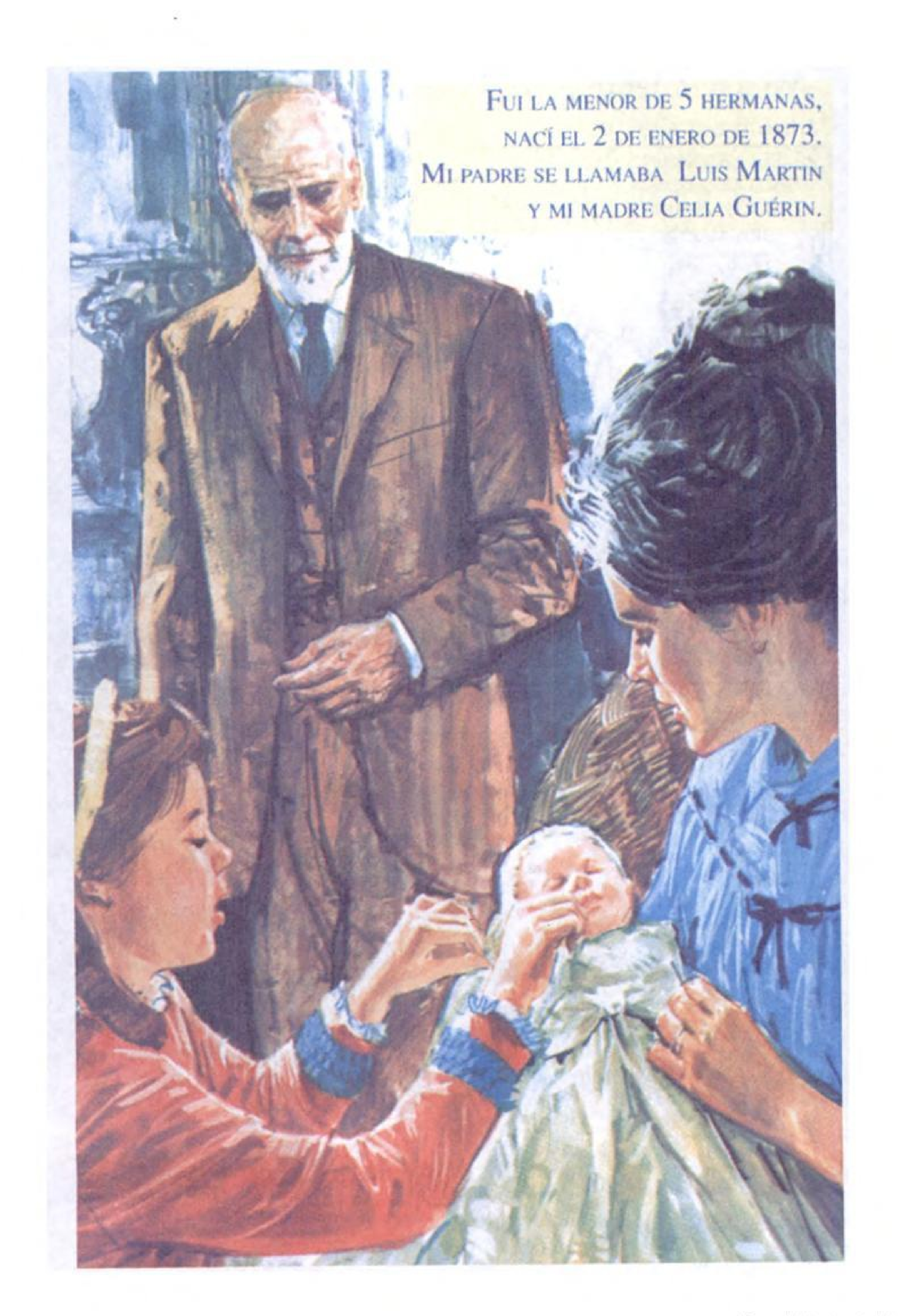
Temores

En esos años había mucha inestabilidad en el gobierno del país (el emperador Napoleón III murió tres días después de mi nacimiento). Mi papá se fue con otros veinte mil católicos en peregrinación a un santuario de la Santísima Virgen, a pedir la paz para el país. Muchos vivían anunciando que iban a llegar catástrofes, días de tinieblas y castigos tremendos. Mi mamá al principio se asustó. Después se dio cuenta de que eran meros inventos que no se cumplían y recobró la paz y no les volvió a hacer caso a esos anuncios.

Alençon era una pequeña ciudad. Tenía 16.000 habitantes. Se vivía un ambiente muy cercano a la vida de campo. Allí pasé los primeros tres años y medio de mi vida. Y estos años fueron decisivos.

Primeros problemas. Separación de mi mamá

Pasadas las primeras alegrías de mi nacimiento, mamá escribió una carta diciendo: "Es preciosa. Ya se ríe". Pero luego empezaron los problemas: mamá Celia, por su cáncer en el pecho, no podía alimentarme debidamente. Esto hacía que sufriera desarreglos intestinales. Pasaba las noches agitada, casi sin dormir. Tenían temores serios de que me muriera recién nacida, como sucedió con los hermanitos anteriores. Mamá exclamaba


FUI LA MENOR DE 5 HERMANAS,
NACÍ EL 2 DE ENERO DE 1873.
MI PADRE SE LLAMABA LUIS MARTIN
Y MI MADRE CELIA GUÉRIN.

Mi nacimiento físico y mi nacimiento espiritual







suspirando: "¡Quién pudiera ser como esas madres que crían ellas mismas a sus hijos! Yo, en cambio, ¡tengo que ver morir a mis niños uno por uno!".

Un año por fuera

Una noche empecé a agonizar. El médico declaró muy serio: "Es necesario conseguir una mujer que la alimente, o de lo contrario, morirá muy pronto". Mamá Celia recorrió al día siguiente varios kilómetros a pie, hasta una finca, en busca de una fuerte campesina, Rosa Taillé, quien había criado ya a cuatro robustos hijos y le pidió el favor de criarle a su hijita. La señora aceptó. El hijo menor de ella tenía ya trece meses. Aquel día, la campesina alimentó a Teresita. La niña se duerme. Despierta sonriente. Se había salvado. Entonces, hicieron el arreglo: la niña viviría en aquella casita de campo un año, con la nueva nodriza.

Aquella era una vida sana, con aire fresco del campo, que me sentaba muy bien. Esto contribuirá para que sea siempre una admiradora de la naturaleza: las flores, el agua, los árboles, los animales. A los seis meses ya era una niña llena de salud y con muy buenos colores.

Los paseos entre la casa de los Martin y la casa de campo de la nodriza se sucedían cada semana. Toda la familia se iba a visitar a la niñita. María, Paulina, Leonia y Celina gozaban comiendo aquellos rudos y frescos alimentos campesinos, y los hijos de Rosa gozaban también saboreando las golosinas que las niñas le llevaban de la ciudad.

Yo gozaba de lo lindo cuando me llevaban en una carretilla por los campos o me subían sobre un montón de pasto cortado y empacado. En la ciudad me sentía menos feliz, pues me asustaban las señoras con esos sombreros tan grandes usados en ese tiempo. Pero me sentía contenta cuando me sentaban sobre el

mostrador del almacén y desde allí podía observar a la numerosa clientela que llegaba a comprar.

Al cabo de un año ya caminaba y estaba robusta y fuerte. Entonces me volvieron a traer a casa. Estrené vestido azul y zapatos, y una pañoleta blanca. Mamá exclamó: "Será bonita y simpática".

Papá me llevaba al patio de la casa y allí me mecía en el columpio. "Si el columpio no se movía bien rápido, me ponía a gritar".

Qué bueno y agradable
es vivir los familiares
en santa unión
de caridad.

(Salmos)


Paulina


Leonia

Mis cuatro hermanas


María


Celina

CAPÍTULO 2

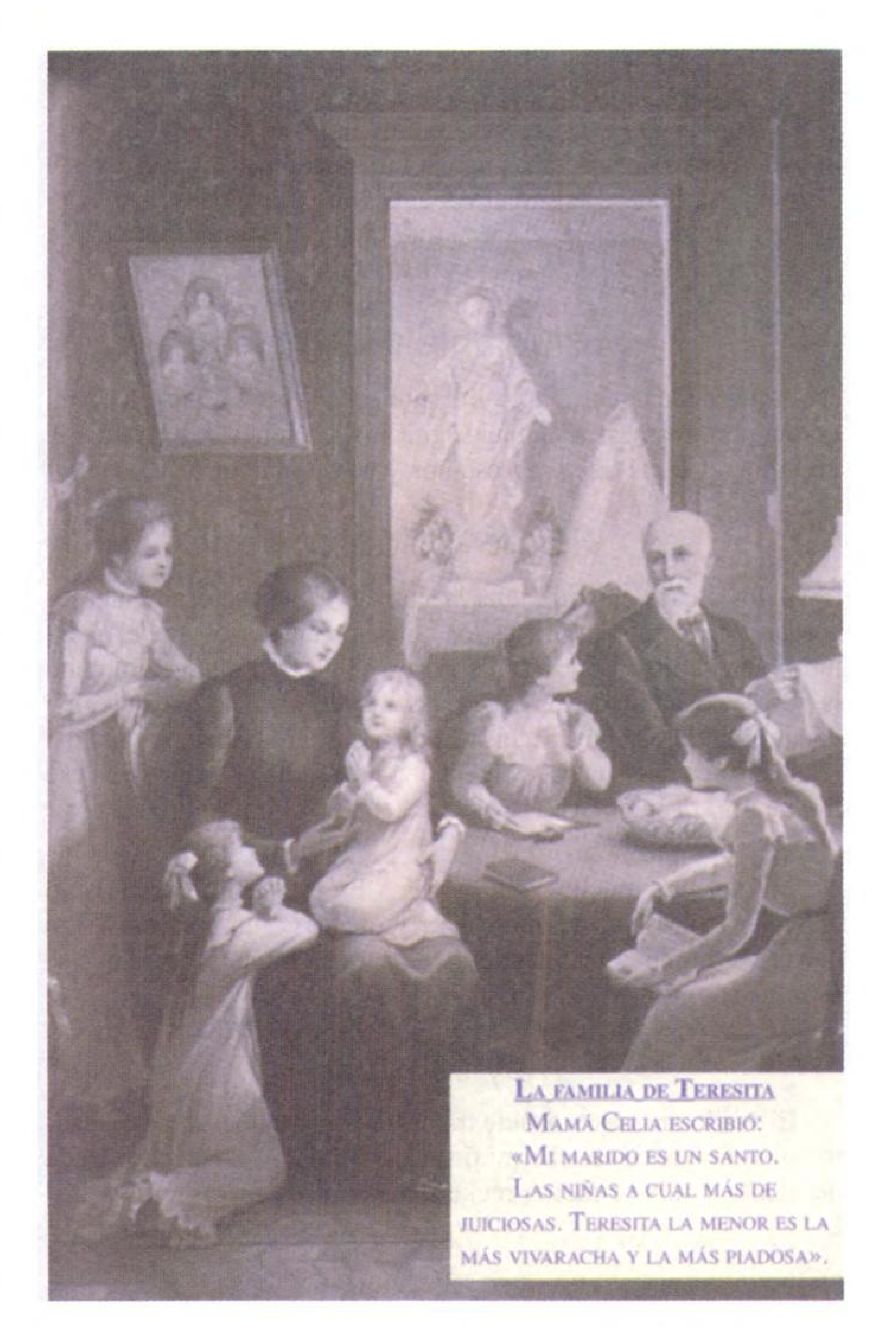
DETALLES DE LOS PRIMEROS AÑOS

Mamá escribía cada domingo a sus dos hijas mayores que estaban internas en un colegio y en esta carta les contaba muchos detalles de la hija menor. Cuando las dos internas volvían a pasar vacaciones en la casa, yo sentía alegría inmensa. Especialmente por Paulina, que era la hermana que yo más quería.

Me encantaba acompañar a mi papá cuando él iba a pescar. Mi primer viaje en tren me emocionó profundamente. Salir al campo, contemplar las flores y aún volver totalmente empapada a casa después de un fuerte aguacero, todo ello me encantaba y me hacía feliz.

Pequeños fracasos

Un día me enredé con la pata de una mesa y caí al suelo y me hice una herida tan profunda en la frente, que casi se me veía el hueso. Frecuentes eran mis dolores de dientes. Y luego el sarampión. Y el catarro que no me quería abandonar. Mamá escribía: "Solamente deja un catarro para conseguirse otro. Y lo malo es que esos catarros la ponen muy enferma". Un día quise huir de la casa en busca de aventuras por el mundo. ¡Y siendo tan pequeña! La sirvienta me logró atajar a una cuadra de distancia y yo lloré durante una hora porque no me habían dejado ir a conocer el mundo. (No me imaginaba lo mal que trata el mundo).



La familia de Teresita
Mamá Celia escribió:
«Mi marido es un santo.
Las niñas a cual más de
juiciosas. Teresita la menor es la
más vivaracha y la más piadosa».

La primera fotografía

A los tres años quisieron tomarme la primera fotografía, pero ésta resultó un fracaso, pues la niña siempre tan alegre y tan sonriente, ese día se asustó al ver que el fotógrafo se escondía entre una tela negra para mover la máquina y entonces empezó a llorar y a sollozar. La foto no podía resultar peor.

Estudiante precoz

Antes de los tres años ya me sabía el alfabeto y hacía todo un drama porque no me dejaban seguir las lecciones que Paulina le impartía a Celina que era tres años y medio mayor.

Buena imitadora

A los cuatro años imitaba la voz de papá graciosamente, recordándoles a mis hermanas los consejos tan serios que él acostumbraba darnos. Y me agradaba mucho narrar fábulas, imitando la voz de cada uno de los personajes. A veces tenían que hacerme callar cuando estaba imitando la voz del jardinero que contaba los disgustos que su esposa le había dado el día anterior (y en ese momento era mejor callar, porque el buen hombre podía estar por ahí escuchando).

Me gustaba mucho cantar y reír. "En esos primeros años yo era muy expresiva, comunicativa y alegre". (Esto se me iba a olvidar por un tiempo cuando me llegara la grave tragedia que se avecinaba).

Muy sensible

El modo tan afectuoso de tratarnos entre todos, en aquel santo hogar favoreció mucho mi fina sensibilidad. "Yo crecí rodeada de afecto y mis primeros recuerdos son de sonrisas y de tratos

muy amables. Pero si nuestro Señor se dignó permitir que en mi alrededor encontrara mucho amor, se dignó también colocar en mi pequeño corazón, un gran amor hacia los demás. Yo amaba mucho a papá y a mamá, y trataba de demostrarles mi cariño de mil maneras".

Adoraba a mi papá, el único hombre en la familia. Mamá, escribiendo a sus hijas colegialas, les decía: "Su papá la quiere muchísimo y por ser la menor de todas sus hijas, la consiente y le da gusto en todos sus caprichos. Ella me demuestra también a mí un enorme cariño. Cuando sube o baja las escaleras del segundo piso, a cada escalón me llama y tengo que responderle: 'Sí, hija mía'. Y si alguna vez me quedo sin responderle, ahí se queda quieta sin subir ni bajar".

Era de temperamento muy emotivo; me emocionaba fácilmente por cualquier cosa. Lloraba al ver las rejas que cerraban las puertas del colegio donde estaban internas las dos hermanas mayores. Lloraba cuando Paulina no me permitía asistir a las clases que le dictaba mi otra hermanita. Lloraba después de que discutía con Celina, y lloraba también de arrepentimiento. Todavía me faltaba bastante tiempo para quitarme esa costumbre de llorar. Este cambio me iba a suceder de manera inesperada, como veremos más tarde.

Me faltaba mucho todavía para ser santa y sin defectos

Era demasiado orgullosa. Un día mamá me prometió regalarme una moneda si besaba el suelo. Preferí quedarme sin la moneda pero no besé el suelo. Otro día Leonia nos ofreció a Celina y a mí un canasto con juguetes, flores y vestidos. Celina escogió un ramo de flores. Yo, en cambio, agarré el canasto y dije: *"Yo lo quiero todo. Yo me quedo con todo"*. "Esto podía ser co-

mo un anuncio de lo que haría más tarde: quererlo todo; o sea, a Dios mismo. Quedarme con todo, o sea, con todas las bendiciones que Dios concede a los que lo aman y lo prefieren a Él más que a todas las criaturas".

Malgeniada

Mamá escribía: "Cuando está jugando su hermana Celina, discuten frecuentemente. Celina cede para añadir un diamante más a su corona del cielo. A veces me veo obligada a reprender a Teresita, que sólo tiene tres años, pero que se encoleriza como si fuera una persona mayor y se pone tan brava que hasta impresiona. Cuando las cosas no salen como ella querría, se revuelca por el suelo como una desesperada. Hay momentos en que su mal genio y la impaciencia la vencen y parece que va a ahogarse. Es una niña muy nerviosa. (En verdad que Dios acepta en su reino a personas, cuyo temperamento no es quizás el más apropiado para ser santas)".

Terca

Mamá escribiendo a las otras hijas que estaban internas, añade: "Esta Teresita es mucho menos dulce que Celina, y sobre todo de una terquedad casi invencible". Cuando dice: "No", no hay nada que la haga ceder, aunque la metamos un día entero en el subterráneo oscuro del sótano, prefiere dormir allá antes que decir que "sí". (Que esto resulte consolador para quienes imaginan que los defectos del propio temperamento son impedimentos que no les dejarán llegar a la amistad con Dios).

Poco estudiosa

Mamá seguía diciendo en sus cartas: "A la Teresita no hay quien logré convencerla para que se decida a leer. Mientras apren-

Las casas donde pasé mi infancia

ALENÇON



LES BUISSONNETS



día los nombres de las letras del alfabeto estudió muy juiciosa. Pero ahora que tiene que leer sílabas, no hay quien la convenza a decidirse a hacerlo. Le prometen de todo, pero no hay nada que hacer. Claro que aún es muy pequeña".

Pero no me rebajaban ni una

Con esos defectos habría podido llegar a ser una niña caprichosa y maleducada. Pero en la casa de la familia Martin se corregía, prontamente, todo intento de comportarse como niñas consentidas. Un día mientras me estaba columpiando, mi bondadoso papá me dijo: "Teresina, dale un besito a tu papito", y yo respondí despectiva: "Pues aguántese las ganas". Pero inmediatamente intervino mi hermana mayor y me reprendió fuertemente diciendo: "¡Muchachita maleducada! ¿No le da pena contestar así? ¡Es muy feo dar respuestas como esa al papá!". Yo entendí la lección y pedí perdón.

Sabía pedir excusas

Cuando rompía un vaso, dañaba una alfombra o manchaba un mantel, corría a pedir perdón e insistía hasta que me decían que ya había quedado totalmente perdonada. Tenía mi propia teoría de que sería perdonada si me acusaba a mí misma y pedía perdón a tiempo.

Vanidosa

Siempre he creído que mi peor defecto fue un exagerado amor propio. Así, por ejemplo, empecé a volverme amiga de aparecer bonita, y un día que estrené un lindo vestido azul con encajes, sentía tristeza de que las mangas eran largas y así no podía lucir mis hermosos brazos ante los demás.



Qué hermoso era pasear
por la pradera florida
viendo el rebaño pastar.

(Nota del traductor: hay un libro muy interesante que se titula "Los defectos de los santos". Este y otros que se irán narrando después, servirán para un capítulo más de dicho libro. Pero como Dios elige lo que no vale en el mundo para confundir a lo que brilla y vale externamente, los santos con sus defectos y sus fallas, pero ayudados por la gracia y el poder de Dios, lograron llegar a la santidad. Y ahora nos toca el turno a nosotros. ¡Ánimo! ¡A no desanimarnos por nuestros defectos!).

La vida religiosa en la familia Martin Guerin

Mamá Celia escribía a una amiga: "Pertenezco a todas las asociaciones piadosas que hay en mi parroquia". Mis dos padres Luis y Celia iban cada día de la semana a la Misa de las seis de la mañana. Los días de ayuno o de abstinencia se cumplían rígidamente. El domingo era de riguroso descanso. Aquel día la alimentación era mejor y se vestía con más elegancia que entre semana, y salíamos de paseo a descansar después de asistir a la Santa Misa.

A una señora que le decía a mi mamá que sus hijas no debían asistir a ninguna fiesta o reunión social, ella le respondió: "Tenemos que ser santos, pero no debemos ser huraños, antipáticos o demasiado serios. La santidad se puede manifestar también estando sanamente alegres". En casa se asistía mucho a sermones, aunque a veces no fueran tan agradables. Mamá escribía en una carta: "Tenemos dos misioneros predicando. Ninguno predica mejor que el otro, pero el asistir a esos sermones nos sirve de penitencia por nuestros pecados". De vez en cuando se invitaba a la mesa de la familia a algún mendigo a almorzar y frecuentemente iban papá y mamá a visitar el ancianato y a llevarles comida a los ancianos.

Una pregunta animadora

Mis papás me enseñaron desde muy pequeña, a hacerme de vez en cuando, una pregunta que iba a servirme para toda la vida: "¿Jesús estará contento de mí?". "Bastaba que me dijeran que algo no agradaba a Jesús o que no estaba bien, para que en adelante no tuvieran que prohibirme dos veces hacer o decir aquello". (Nota del traductor. ¡Maravilloso testimonio! Ojalá nosotros pudiéramos afirmar lo mismo respecto de nuestra vida y de nuestros comportamientos).

Desde pequeña, para no disgustar a Jesús, no diría una mentira por todo el oro del mundo. Y esto, no por temor, sino por tener siempre contento a nuestro Señor.

Niña impulsiva

"Una noche me fui a acostar y dije que la cama estaba demasiado fría. Mi hermana mayor María no me hizo caso y se dedicó a rezar sus oraciones. Seguí neceando por la cama fría. Al fin ella se volvió y me dio una palmada. Me callé entonces, pero cuando María ya se iba a acostar le dije que no había rezado mis oraciones. Me respondió: 'Mañana las rezará'. Pero no acepté y tuvo que acompañarme a rezarlas. Yo reprochaba a mi hermana mayor porque no me llevaba a Misa y me respondía que era porque molestaba mucho en la iglesia y no la dejaba atender con devoción. Le pregunté por qué no me llevó el otro día a un paseo que hizo y me dijo que por ser tan revoltosa. Eso no me gustó nada y me puse a llorar fuertemente".

Y me aburría

A los cuatro años me aburría mucho en los sermones tan largos y bostezaba continuamente. Al año siguiente, me parecían bonitos los sermones, pero de todos modos, me aburría mucho

durante ellos. Y suspiraba de tristeza. (Más tarde llegué a gustar y aprovechar de los sermones. Pero todo a su tiempo).

Jugando a ser monja

A los cuatro años jugaba a ser superiora de un convento y decía frases piadosas. Paulina me corregía diciendo: "En los conventos no se habla". Pero entonces, ¿cómo hacen para rezar?, le preguntaba yo. Y añadía luego: "Cuando sea grande ya me dirán cómo es que hay que portarse en un convento y aprenderé bien antes de entrar allí".

Contrastes de extremo a extremo

"¡Qué contrastes y oposiciones hay en mi carácter! Pensativa y expansiva. Concentrada y extrovertida. Testaruda y terca, a la vez bondadosa y tratable. Inclinada a pensar en lo eterno, pero al mismo tiempo cuidadosa de hacer bien en el presente. En lo interior de mi alma estallan luchas y tormentas que pasan desapercibidas para quienes me rodean".

Buenas cualidades

Desde pequeña fui aprendiendo a dominarme a mí misma. *"Me formé la buena costumbre de no quejarme jamás"* (maravillosa costumbre, añadimos nosotros). Y esto lo hacía aun cuando me quitaban lo que me pertenecía o me acusaban sin razón. Prefería callar y no excusarme. Esto he tratado de hacerlo durante toda mi vida.

Fin de la primera dicha. (Nota del traductor: en "Historia de un alma", Teresa solamente le dedica unas páginas a sus tres años y medio que vivió en Alençon. Y resume así este bello tiempo: "Todo me sonreía en la tierra. Mi camino estaba rodeado de



MI PADRE ME LLEVABA FRECUENTEMENTE A SOCORRER Y LLEVAR AYUDAS A LOS POBRES

flores de alegría. Y mi excelente carácter contribuía tambiér hacerme agradable la vida").

Mi hermana María envió a Paulina esta noticia poco antes de que la desgracia cayera sobre nuestra familia: "Yo estoy admirado de lo feliz que pasa la vida Teresita. Todos en casa le brindan el más exquisito cariño. Hasta Celina la reprocha amablemente diciéndole: "Parece que todas las atenciones y todo el cariño se dirigen a la menor de la familia". Pero esta vida de tanta alegría y paz, iba a terminar bruscamente.

"Dios, al árbol
que más ama,
más lo poda,
para que
produzca más fruto".

(Jesucristo)

CAPÍTULO 3

La grave tragedia

Llegó el año de 1876. Mamá Celia sufría continuos dolores de cabeza. Sus ojos estaban cansados y los dolores de estómago la atormentaban, sobre todo los días de invierno. Pero nunca dejaba de trabajar dirigiendo el taller y atendiendo cuidadosamente a papá y a las hijas.

Noticia seria

En diciembre de 1876, mamá fue a consultar al médico, Doctor Prevost. Él le dijo muy serio: "El asunto es grave. Tiene un tumor canceroso en el pecho y es imposible operarlo". (Nota: la medicina de Europa en ese tiempo era como la de las selvas del África ahora; muy atrasada). El estupor, el asombro, la consternación y la tristeza invadieron el hogar. Papá estaba consternado, inconsolable. Le parecía casi imposible poder resignarse a perder a su amadísima esposa repentinamente. A las dos pequeñas no nos contaron nada de esto.

Mamá Celia era una mujer práctica y concreta. Aprovechó la franqueza con la que el médico le dijo toda la verdad y se dedicó a dejar totalmente organizados los negocios para que no le quedaran problemas a la familia.

Falsa consolación

Fue donde otro médico y éste le dijo también que la operación era inútil hacerla, pero le comunicó que probablemente podría vivir así, con ese cáncer, por mucho tiempo. Esto era ya un consuelo (aunque la noticia de este segundo médico no resultará cierta). Mamá Celia escribió entonces: "Me pongo totalmente en

manos del buen Dios. El que hizo la herida, la vendará. Él es el único que la puede curar".

Mamá Celia permanecía en continua actividad. Se esmeraba por aparecer siempre alegre y trataba de ocultar su enfermedad. Sólo Dios y el médico debían saber lo que estaba sufriendo. Los demás, o no la comprenderían o sufrirían demasiado si se les hacía saber. Mejor callar y sufrir con paciencia. El premio que espera en la eternidad feliz es demasiado grande para que no queramos esforzarnos por conseguirlo.

Al principio pensó vender de una vez el negocio, pero después desistió de la idea y se propuso seguir trabajando hasta que la aguja de tejer se le cayera de las manos. "Moriré en la brecha", como decían los antiguos. ¿Si hasta un vaso de agua que se le da a los demás tendrá un premio de parte de Dios, cuánto más estos trabajos que se hacen por la familia y por el bien de la sociedad? Animosa siguió trabajando como si nada grave le estuviera sucediendo.

Un agravante más

El 24 de febrero de 1877 le llegó la noticia de que su hermana religiosa había muerto de tuberculosis. La noticia la entristeció enormemente (el cáncer puede agravarse con la angustia, dicen los que saben). Paulina escribió: "La noticia de la muerte de mi tía hizo agravar la enfermedad de mi mamá".

Angustias finales

Cada día que pasaba aumentaban sus dolores. Solamente la fortalecía la esperanza de que Dios le premiaría todos y cada uno de sus sufrimientos. Pero le angustiaba el pensar que dejaba cinco hijas y todas jóvenes. La más pequeña que era yo, sólo tenía tres años. Ahora no le quedaba sino colocarnos totalmente en

manos del buen Dios. Su petición frecuente era ésta: "Señor, que todas ellas sean santas".

Ganas de vivir

Leonia, antes tan esquiva y fría, ahora se abrazaba al cuello de la enferma, la llenaba de besos y le decía: "Mamacita, no se nos vaya. ¡La necesitamos tanto!". Nuestra mamá tenía unas ganas inmensas de seguir viviendo y escribía: "Nunca antes había sentido tantas ganas de vivir como ahora. Soy tan necesaria para estas niñas".

El cáncer le conservaba su plena lucidez mental y así escribió a una de sus amigas: "A mí me sucede lo que a tantos enfermos: se imaginan que van a vivir mucho tiempo todavía. Eso me sucede a mí, como les ha sucedido a tantos enfermos más".

Peregrinación a Lourdes

Miles y miles de enfermos son llevados a Lourdes. Algunos reciben la curación del cuerpo, pero la mayor parte lo que consiguen es la paz del alma. El tren que lleva a Lourdes se llama "el tren de la esperanza", porque todos los enfermos que allí viajan, sienten la esperanza de ser curados en ese santuario, por intercesión de la Santísima Virgen. Pero el tren que regresa de Lourdes se llama "El tren de la alegría", porque muchos enfermos vuelven llenos de paz y contentos, aceptando lo que Dios permita que les suceda, aunque no hayan recibido la curación de sus enfermedades.

Viaje doloroso

Antes de salir en peregrinación fue otra vez donde el médico. Él le confesó que sólo un milagro le podría curar del cáncer que la tenía invadida. Ella echó al fuego la receta del médico y

confió sólo en Dios. El viaje se le convirtió en un calvario. Esas horas en tren se le hacían interminables a causa de la dolorosa enfermedad que la corroía.

Tres días permaneció en Lourdes. Cada día se sumergía en el agua helada de aquella piscina construida en el sitio en el que la Santísima Virgen le dijo a Bernardita que escarbara en el suelo para que saliera agua, y de allí brotó la fuente milagrosa. En ese sitio se han curado miles de personas de la manera más sorprendente. Cada vez que mamá Celia salía del agua, sus tres hijas mayores quienes la acompañaban, le preguntaban: "Mamá, ¿ya está curada?". Pero no. Dios quería que se fuera pronto al cielo a recibir el premio de sus buenas obras.

La tristeza que sus hijas demostraban al ver que no lograba su curación, le aumentaba sus sufrimientos. Al volver a Alençon oyó los comentarios burlones de los descreídos que le criticaban el haber creído que la Virgen la iba a curar, pero ella exclamó: "Es verdad que no obtuve la curación, y que por el contrario, el mal de mi cuerpo se agravó, pero en cambio mi alma sí salió ganando mucho con este doloroso viaje". Y volvía a recordar la bella noticia de la Santa Biblia: "Todo sucede para bien de los que aman a Dios".

Final doloroso

Solamente le quedaban dos meses de vida. Sin embargo, ayudada por María su hija mayor, seguía dirigiendo la fábrica de tejidos y atendiendo lo mejor posible el hogar. María escribía en esos días: "Mí mamá sigue insistiendo en asistir a la Misa cada mañana, pero la última vez ha necesitado todo su valor y hacer esfuerzos inauditos para poder llegar a la iglesia. Cada paso que ella daba le producía calambres en la cabeza, y de vez en cuando se veía obligada a detenerse para recuperar sus fuerzas".

Los dolores se hacían intolerables, sobre todo durante las horas de la noche. Hacía todo lo posible por quejarse lo menos posible de sus terribles dolores y aguantar valerosamente hasta el final. El sacerdote le había recordado lo que enseñaba san Pablo: "Es necesario pasar por muchos sufrimientos para llegar a la vida eterna".

Tristes vacaciones

Mamá hacía todo lo que podía para que sus dos hijas menores, Celina y Teresita no se dieran cuenta de sus atormentadores sufrimientos. Frecuentemente obtuvo que su amiga, la señora Leriche viniera cada mañana y nos llevará a las dos a su casa; allá nos tenía hasta el atardecer. Conservo todavía muy vivos en mi memoria los detalles de la última enfermedad de nuestra querida mamá. En las últimas semanas que ella pasó en la tierra, Celina y yo vivíamos como dos pobres desterradas de la casa. Todas las mañanas venía la señora Leriche a buscarnos y pasábamos el día en su casa.

La unción de los enfermos

Nunca olvidaré aquella ceremonia de la última unción a mi mamá. Fue el domingo 26 de agosto. Aún me parece ver el lugar que yo ocupaba al lado de Celina. Estábamos las cinco colocadas en orden de edad. Nuestro pobre padre, también estaba allí sollozando.

Avisados por telégrafos, llegaron también los de la familia Guerin (el hermano de mi mamá, su cuñada y sobrinas). La encontraron ya sin habla. Solamente se despidió de ellos con una mirada.

Un ángel más, vuela al cielo

Fue el 28 de agosto de 1877. Eran las doce y media de la madrugada. A su lado estaban su esposo y su hermano. Apenas tenía 46 años.

Último beso

Mí papá tomó en brazos a su hija de cuatro años y medio y me dijo: "Ven a besar por última vez a tu pobre madre". Yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de nuestra querida mamá. En aquellos momentos a nadie hablaba acerca de los amargos sentimientos que inundaban mi alma. Miraba y escuchaba en silencio. En medio de tanto dolor, nadie se fijaba en mí y así pude ver muchas cosas que hubieran querido ocultarme.

Después, en un determinado momento, me hallé frente a la tapa del ataúd. Permanecí largo tiempo contemplándola. Nunca había visto ninguno. Sin embargo, comprendía de qué se trataba. Era yo tan pequeña, que a pesar de la estatura poco elevada de mi mamá, aquello me parecía muy grande. Y muy triste…

Golpe duro

Aquel fue mi primer encuentro con la muerte. Y fue con la muerte de mi propia madre. Nadie se dio cuenta en aquellos días del modo tan tremendo como esa muerte afectaba mi personalidad y mi vida. En los meses siguientes tampoco lo notaron mucho. En esa fecha se cerró y terminó la primera parte de mi vida, que estuvo llena de gozo y felicidad. Ahora un manto negro de muerte caía sobre mi primera infancia, y me iban a llegar días de nerviosismo y melancolía. Había desaparecido una madre. ¡Y qué madre! Ella ocupaba un lugar demasiado importante en aquel hogar para que pudiera ser fácilmente reemplazada.



El 28 de agosto de 1877 murió mi madre. Yo tenía sólo 4 años, mis dos hermanas mayores, María y Paulina, se encargaron de reemplazar a mi mamá, respecto a mí. Y lo hicieron muy bien.



La muerte de la mamacita

Elección de una nueva mamá

El miércoles 29 de agosto, cuando regresamos del cementerio después del entierro, mi tía Luisa contempló con tristeza a las dos huérfanas y nos dijo: "¡Pobrecitas! ¡Ya no tienen mamá!". Celina se lanzó en brazos de María diciendo: "Tú serás mi mamá". Entonces, yo corrí hacia Paulina y exclamé: "Bueno, pues entonces, mi mamá será Paulina".

Traslado a Lisieux

Papá tenía 54 años, le quedaban cinco hijas; ¿qué hacer ahora? La última mirada de mamá Celia había sido para su cuñada, la esposa de su hermano, como diciéndole: "Le recomiendo estas hijas que se quedan sin mamá".

La familia Guerin logró convencer a mi papá de que lo mejor sería trasladarse a Lisieux, ciudad donde vivían los cuñados. Allá, las jovencitas se sentirían más acompañadas y entre todos las podrían ayudar mejor. Mi querido papá se sentía muy bien en Alençon, pero por amor a sus hijas resolvió sacrificarlo todo.

María escribió en esos días: "Por nosotras, mi papá hará cualquier sacrificio. Está dispuesto a sacrificar su bienestar y hasta su misma vida si fuera necesario para hacernos felices. No retrocede ante ningún sufrimiento con tal de conseguir lo que más nos convenga. Cuando sabe que algo es su deber hacerlo y que es lo mejor para sus hijas, no duda un momento en hacerlo, aunque le resulte muy costoso".

Hacia nuestra nueva residencia

El tío Isidoro Guerin, hermano de mamá, nos consiguió una bella casa en arriendo en Lisieux. (Se pronuncia Lisié) Esta era una población que tenía 18.000 habitantes. Tranquila y pacífica.

La eligió después de visitar otras 25 casas que le ofrecían. Firmó el contrato de arriendo, y mi papá vendió la fábrica y la casa de Alençon y se dispuso trasladarse con todas nosotras a su nueva residencia.

El 15 de noviembre de 1877, después de una última oración en el cementerio, mi papá salió de Alençon, acompañado de sus cinco hijas vestidas de luto y nos dirigimos en tren hacia Lisieux. Yo tenía cuatro años y medio. Sólo después de otros cinco años volvería a Alençon. "¡Qué rápidos pasaron estos años de mi primera infancia!".

"Dichosos los difuntos que mueren en amistad con el Señor".

CAPÍTULO 4

NUESTRA NUEVA CASA: LES BUISSONNETS

Mi vida tuvo tres etapas: la primera hasta los cuatro años y medio. La segunda, desde esa edad hasta los 16. Y la tercera, la vida de religiosa. La segunda etapa fue la más dolorosa de las tres.

Les Buissonnets

Así se llamaba la hermosa casa que mi tío nos consiguió en arriendo en Lisieux. Era de dos pisos. Un poco alejada del centro de la población. Casa cómoda y elegante. Con un amplio jardín y huerta. Tenía cuatro alcobas, tres piezas más para guardar muebles, objetos; y además, un mirador. Era un lote grande cercado con muros y con varios árboles. Desde el mirador se divisaban las torres de la catedral, las del templo de San Martín y muchas edificaciones más. Para subir al segundo piso de la casa había una escalera muy estrecha. Desde las alcobas de las jóvenes que estaban en el segundo piso, se veía el jardín.

La familia Guerin

En aquella pequeña ciudad vivía el tío Isidoro Guerin, hermano de mamá, con su esposa y sus dos hijas, nuestras primas, que eran Juana de diez años y María de siete y medio. El tío Isidoro con sus anteojos tan grandes y su vozarrón tan fuerte me producía cierto temor cuando me cantaba la canción de Barba Azul, pero me distraía contándome cuentos e historias que había escuchado en su farmacia.

La nueva vida

Nuestra familia Martin había llegado a Lisieux en invierno. La casa que habíamos tenido en Alençon daba a una calle comercial y por allí pasaba mucha gente. Obreras de la fábrica y compradores de telas llenaban de charlas el ambiente. En cambio, en la casa de Lisieux reinaba el silencio. En el gran corral había gallinas, patos y hasta una pajarera. El jardín estaba lleno de flores que me encantaban. Lo único que faltaba allí era la presencia de mamá Celia.

A raíz del gran duelo, la familia se replegó sobre sí misma. Había pocas visitas. Allí no conocíamos casi a nadie. Mi papá, separado de sus amigos, podía gozar ahora de la soledad. Convirtió el mirador en su sitio preferido para vivir retirado. Allí leía, escribía, meditaba. A ratos, bajaba a cuidar del jardín, a cultivar la huerta y a preparar la leña para mantener el fuego. Estábamos en pleno invierno.

Mi papá aún no pasaba de los 55 años pero vivía como un jubilado, dedicado únicamente a administrar sus bienes, lo que había conseguido de la venta de sus posesiones en Alençon. Su barba blanca lo hacía aparecer mucho más viejo de lo que era en realidad. Nosotras lo llamábamos cariñosamente "El Patriarca".

María, nuestra hermana mayor, con sus 17 años, se encargó de la dirección de la casa. Le ayudaba a Paulina, de 16 años, que se dedicaba más que todo a la educación de las dos pequeñas, especialmente de mí. Leonia de 14 años entró de interna al colegio de las hermanas Benedictinas, en un colegio llamado la Abadía (al otro extremo de la población) y Celina fue matriculada como semi-interna.

Privada de mi compañera de juegos, Celina, pasaba la mayor parte de mi tiempo en compañía de personas mayores: papá, mis

dos hermanas y la sirvienta Victoria, quien por siete años trabajó en nuestra casa.

En este ambiente pasaron los once años siguientes de mi vida. Voy a narrar la transformación que sufrí desde la muerte de mi mamá: "A raíz de la muerte de mi mamá, mi excelente carácter sufrió un cambio total". Yo que antes era viva y expansiva, me volví tímida y en extremo, sensible. Bastaba una mirada demasiado seria para estallar en lágrimas. Solamente estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mí. Se me hacía casi insoportable la presencia de personas extrañas y sólo en la soledad del hogar, con mis familiares, encontraba alegría. (Después narraré cómo esta época triste duró hasta los catorce años cuando de la manera menos pensada recobraría la total alegría).

Entre los cinco y los ocho años

En esta época yo no trataba a otros hombres sino a mi padre y a mi tío Isidoro.

Por la mañana, levantada, oraciones, aseo y desayuno. Luego, clases de lectura y escritura con María. Paulina me enseñaba catecismo. A media mañana, una visita a papá que estaba en el mirador. Como alumna era estudiosa y tenía buena memoria. Me encantaba que narraran hechos de la Historia Sagrada y los repetía casi a la letra. Pero la gramática y la ortografía no me gustaban casi nada y me hacían brotar lágrimas.

Por la tarde, si no llovía (en Lisieux el clima era bastante húmedo) salía con mi padre a dar un paseo por los parques cercanos, luego visitábamos una iglesia y mi papá me compraba algún pequeño regalo en una venta callejera o en un almacén. En verano y en primavera acompañaba de vez en cuando a mi padre a pescar.

Pronto, las gentes de los alrededores se dieron cuenta de aquel paseo diario del venerable anciano con su simpática hija. Yo lo llamaba "mi rey" y él me llamaba "mi reinecita".

Al atardecer, hacía las tareas, y por la noche, después de la cena, todos nos reuníamos junto al juego de la chimenea y mi papá cantaba bellas canciones nacionales o recitaba versos de los poetas famosos, y luego nos leía la vida del santo del día.

Celina y yo jugábamos con pequeños juguetes que mi papá, antiguamente relojero, había fabricado para nosotras. Cerca de las ocho de la noche se rezaban las oraciones y Celina y yo nos íbamos a acostar, después de darle una beso de despedida a Paulina, y sintiendo miedo a la oscuridad cuando se apagaban las lámparas de aceite.

Los domingos, el horario era más alegre. La alimentación más agradable. Desayuno con chocolote y queso. Nos poníamos los mejores vestidos. Las hermanas mayores peinaban cuidadosamente a las menores, y yo lanzaba un grito cada vez que Paulina o María me tiraban fuertemente el cabello con el peine. Todos íbamos a Misa a la catedral. Preferíamos ir allá el domingo, en vez de asistir a nuestra parroquia, porque en el atrio de la catedral nos encontrábamos con la familia Guerin. Desde la banca de los cooperadores principales, mi tío Guerin me sonreía al verme llegar. La primera vez que logré comprender un sermón fue cuando el padre Ducellier, buen orador, habló acerca de la pasión y muerte de Jesucristo.

La tarde del domingo la pasábamos en casa de los Guerin. Allí me encontraba con otras dos familias que venían a visitar a nuestros tíos. Poco antes del anochecer, nuestro papá llegaba para llevarnos a casa.



1881. Teresa a los 8 años



1892- María Guérin, Leonia, una criada, Celia, Sra Martin, un criado, Sr. y Sra Guérin, una amiga y Tom, el perro de Teresa.


"Mi padre Luis Martin me amaba mucho. Mis recuerdos más antiguos son de demostraciones de cariño y de aprecio que recibí".
"En compañía de mi padre salí muchas veces al campo a pasear, y juntos fuimos en peregrinación a visitar varios santuarios famosos".

CAPÍTULO 5

FORMACIÓN RÍGIDA

El lunes había que volver otra vez a nuestro horario y a los libros. Mi hermana Paulina había tomado muy en serio (y a veces hasta demasiado) la formación de la más pequeña de la casa. No me consentía porque sabía muy bien que las niñas consentidas no logran conseguir una buena personalidad. Me corregía cualquier pequeña falla. Si no me comportaba debidamente me prohibía el paseo de la tarde y tenía que venir mi papá muy amablemente a suplicarle que por esta vez perdonara a la desobediente. Las felicitaciones no se me daban sin más ni más, por temor a que me volviera vanidosa y creída.

Yo aceptaba todo esto de muy buena gana. Bastaba que mi hermana mayor me dijera: "Esto no agrada a Jesús", para que yo nunca más lo volviera hacer o decir.

Soñadora y meditabunda

Mi sitio preferido era el jardín. Me encantaban las flores y las bellezas de la naturaleza. Cuando salía a pescar con mi padre, lo que me interesaba no era la pesca. Era quedarme observando la hermosura de la naturaleza. No sabía lo que es meditar, pero me ponía a pensar: "Si así de hermosa es la naturaleza, ¿cómo será el que la creó? Si así de bello es este mundo, ¿cómo será el cielo donde me esperan mi mamá y mis hermanitos que ya murieron? La tierra me parecía un desierto, al contemplarla con las bellezas que habrá en el cielo, y sin darme cuenta ya estaba haciendo oración, alabando a Dios".

Un temor

La idea de que la muerte fuera a llegar me sublevaba. Sobre todo, yo no podía aceptar que mi papá se fuera a morir pronto. Me resulta imposible decir todo lo que yo amaba a mi papá. Todo en él me causaba admiración. Para aprender a rezar me bastaba mirarlo a él cuando estaba en la iglesia o cuando estaba en la casa, especialmente en las noches antes del descanso.

Aniversarios

El día de sus cumpleaños y el día de la fiesta de san Luis (patrono de mi padre) le recitaba bellas poesías compuestas por Paulina, y vestida con el traje más hermoso subía al mirador a darle la felicitación. La idea tan grande y tan agradable que siempre he tenido acerca del Padre Dios, proviene en buena parte de la inmensa admiración y del gran aprecio que siempre sentí hacia mi buen padre, don Luis Martin.

Buen genio

Mi papá se fue a París con sus dos hijas mayores (a él siempre le gustó viajar), y dejó por dos semanas a las dos menores en casa de los tíos Guerin. La señora dueña de casa escribía esos días: "Teresina no está aburrida ni un momento durante el día. Es una niña muy fácil de cuidar. Se divierte con todo y siempre está contenta. Su risa se gana a las personas".

Conocí el mar y recibí una felicitación

En agosto de 1878, mi papá me llevó de paseo a una finca que la familia Guerin había conseguido en arriendo para pasar las vacaciones. Eran 30 kilómetros en tren, un viaje que gocé con toda mi alma. Y lo que más me emocionó fue que, por primera vez, contemplé el mar. ¡Qué imponencia! ¡Qué oleaje! (Nuestra

CUANDO POR PRIMERA VEZ FUI AL MAR, ME IMPRESIONÓ ENORMEMENTE SU POTENCIA Y GRANDIOSIDAD.




BASTABA QUE
MI HERMANA MAYOR ME DIJERA:
«ESTO NO LE GUSTA
A NUESTRO SEÑOR»,
PARA QUE YO NUNCA MÁS
LO VOLVIERA A HACER O A DECIR.

región, Normandía, queda cerca del mar). Allí admiré una vez más el inmenso poder de Dios que ha creado tantas maravillas en el universo.

En el tren oí un comentario de un matrimonio que decía: "Miren, ¡qué niña tan simpática!". Esto me agradó mucho porque era la primera vez que decían que yo era simpática, lo cual nunca había creído serlo. Y es que en la familia los elogios no eran muy frecuentes, para no alimentarme el orgullo.

Problemas con la sirvienta

Como era tan pequeña, no me permitían asistir a la celebración del mes de mayo en la parroquia y me dejaban mientras tanto sola en casa con la sirvienta Victoria. Allí las dos rezábamos nuestras oraciones a la Santísima Virgen. Una tarde, habiendo arreglado mi pequeño altar, le dije a Victoria que entonara aquella oración que dice: "Acuérdate, oh Madre Santa, que jamás se oyó decir que alguno te haya implorado sin tu auxilio recibir". Ella se quedó mirándome sonriente y burlona, y no rezó nada. Yo me enfurecí y en medio de mi rabieta me olvidé del buen genio que acostumbraba tener, y dando una patada en el suelo, le grité: "¡Idiota!". Luego, lloré de rabia, aunque después tuve que llorar de arrepentimiento. Victoria ya no tenía ganas de reír y me miró con extrañeza y casi aterrada. Yo me propuse no volver jamás a portarme de esa manera.

Pero otro día necesitaba conseguir algo que estaba sobre la chimenea y le dije a Victoria que me lo alcanzara, pues yo era muy bajita para alcanzar hasta allá. La sirvienta me dijo: "Pues, súbase a una silla y alcance lo que necesita". Yo me llené de cólera y me propuse decirle una frase que la hiciera sufrir. Ella cuando estaba fastidiada conmigo me llamaba: "Enana, enanita". Y esto me humillaba mucho. Entonces, antes de bajarme de la silla le grité: "Victoria, usted es una enana, una pobre enana".

Luego, salí corriendo dejándola que meditara sobre la ofensa que le había lanzado.

El resultado no se hizo esperar. La sirvienta empezó a gritar: "Señorita María, la niña Teresa acaba de decirme que yo soy una miserable enana". María vino y me hizo pedirle perdón. Yo lo hice, pero sin mucho arrepentimiento, porque estaba bastante disgustada con Victoria. Pero, por lo demás, éramos siempre muy buenas amigas.

Peligrosa caída

La sirvienta Victoria me quería mucho y me ayudaba en todo. Un día yo estaba meciéndome en una silla, cuando de pronto la silla se fue hacia delante y yo caí prensada entre un balde grande lleno de agua. Con mis rodillas tocaba la frente y quedé allí sentada sin poderme mover. La pobre Victoria me miraba con inmensa sorpresa. Nunca en su vida había visto semejante caso: "Una niña empacada entre un balde de agua, hecho como a su medida. Yo deseaba salirme de ese balde, pero estaba tan ajustada que no podía moverme. Empleando toda su fuerza, logró Victoria sacarme de aquel balde, pero mi vestido quedó bastante achacado y yo empapada de pies a cabeza".

En la chimenea

Otro día me caí en la chimenea. Afortunadamente, el fuego no estaba encendido. Si no, la chamuscada habría sido seria. Victoria me sacó de allí y duró un buen rato quitándome las cenizas. Estas cosas me sucedían los miércoles por la tarde, cuando mis dos hermanas mayores, María y Paulina, se iban a clase de canto.

En plena tormenta

Un día, el cielo se llenó de nubes muy oscuras. Estalló una fuerte tormenta. Brillaban deslumbrantes relámpagos y se oían terribles truenos. De pronto, vimos caer un rayo allí, muy cerca. Yo estaba muy emocionada al pensar cuán poderoso es nuestro Padre Dios, al cual consideraba muy cerca de mí. En cambio, papá no se sentía tan contento y tranquilo como yo en estas ocasiones.

El paralítico

Mi papá me mandaba a llevar limosnas a los pobres. Un día vi un paralítico que se trasladaba en una silla de ruedas. Me acerqué a darle la limosna, pero él, que no era muy pobre, no me quiso recibir. Yo me sentí apenada al ver que quizás lo había humillado, pero él al darse cuenta de mi confusión, se volvió hacia mí y me saludó con una amable sonrisa. Yo, que había oído decir que el día de la Primera Comunión se consiguen las gracias que se pidan a Dios, me propuse rezar por este hombre enfermo cuando hiciera mi primera comunión. Cinco años después, en ese hermoso día, lo recordé en mi oración y espero que el Señor lo haya bendecido mucho.

Capítulo 6

PRIMERA CONFESIÓN

Paulina me había preparado muy bien a la primera confesión. Me había dicho que el sacerdote representa a Nuestro Señor. Me confesé con un gran espíritu de fe y hasta sentí deseo de decirle al confesor que lo veneraba porque veía en él la persona de Jesucristo. Me arrodillé en el confesionario, pero era tan pequeña que el padre al abrir la ventanilla no vio a nadie. Entonces me puse de pie. Cuando el sacerdote me dio la absolución, sentí una gran emoción, pues me habían dicho que en ese momento la sangre de Jesucristo borra nuestros pecados. Recuerdo que el consejo que el confesor me dio en esa, mi primera confesión, fue que le tuviera una gran devoción a la Santísima Virgen. Desde entonces, me propuse amarla más y más. Al salir del confesionario sentía una alegría tan grande, como nunca antes la había experimentado. Desde entonces, aunque todavía no era tiempo de hacer la Primera Comunión, me confesaba en las vísperas de las grandes fiestas y cada confesión era una verdadera fiesta para mi alma. (Todavía no me había llegado la terrible crisis de escrúpulos que tanto me iba a hacer sufrir).

Las fiestas

¡Cómo me gustaban las fiestas religiosas! Me las explicaban sumamente bien en mi casa, que cada fiesta era motivo de gran gozo para mí. Especialmente la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo. En la procesión en donde llevaban la Santa Hostia, los niños íbamos adelante repartiendo pétalos de rosas por donde tenía que pasar el sacerdote llevando el Santísimo Sacramento. Yo los lanzaba lo más alto que podía, y me sentía feliz cuando algunos de esos pétalos tocaban la custodia de Nuestro Señor.

La gran fiesta de cada semana era el domingo. ¡Cómo me emocionaba mirar el rostro de mi papá mientras el padre predicaba el sermón! Su hermoso rostro me decía tantas cosas. A veces se le llenaban los ojos de lágrimas. Su alma se emocionaba al meditar en las verdades eternas. Con sólo mirarlo, yo ya sabía cómo rezan los santos.

Mirando las estrellas

Cuántas veces al caminar de la mano de mi padre, por la noches al volver de la casa de los tíos, me ponía a mirar las estrellas, y al ver que varias de ellas forman una T, le decía: "Papi, mi nombre está escrito en los cielos". Él me sonreía y yo podía seguir andando mirando al cielo, sin tener que mirar al suelo porque los fuertes brazos de mi querido papá me sostenían para que pudiera seguir contemplando las estrellas.

La despedida nocturna

Cada noche, después de escuchar a mi padre sus canciones antiguas y sus recitaciones de poesías que tenían mensajes de eternidad, y de oír que Paulina o María nos leían la vida de un santo u otra lectura religiosa, pasábamos por turno, empezando por las mayores, a despedirnos de nuestro querido papá, que tanto nos amaba.

Cuando yo estaba en mi cama lista para acostarme a dormir, al despedirme de Paulina, le preguntaba: "¿Me porté bien hoy? ¿Los ángeles estarán contentos conmigo?". La respuesta tenía que ser "sí", porque si hubiera sido de otra manera, yo habría llorado toda la noche.

Venciendo los miedos y terrores

Sentía muchísimo miedo a la oscuridad y en la casa me fueron acostumbrando poco a poco a no sentir esos terrores. A veces me enviaban de noche en busca de algún objeto a una habitación oscura y alejada. Y así me fueron haciendo dominar mis miedos. Si no me hubieran educado de esa manera tan esmerada, yo me habría vuelto muy miedosa. En cambio, logré llegar a una calma tal, que con el pasar de los años casi nunca ha logrado dominarme el miedo.

Pequeñas enfermedades

En cada invierno me enfermaba de catarro que luego se volvía bronquitis. Paulina me cuidaba con amor de verdadera madre y me hacía pequeños regalos que me llenaban de emoción. En verano sufría de dolores de estómago y entonces Paulina me paseaba por el jardín en una carretilla. Bendigo al Señor que me hayan educado con tanto amor, sin mimarme ni consentirme. No dejaban de corregir ninguna imperfección pero jamás me reprendían sin motivo.

El ejemplo de los dos vasos

Yo le decía a Paulina que si en el cielo no gozaban todos lo mismo, los que gozaban menos, no serían totalmente felices. Paulina me mandó a que le llevará el vaso grande en el que tomaba agua mi papá y el vaso pequeño en el que tomaba yo. Los llenó ambos de agua y me preguntó cuál de los dos estaba más lleno. Le dije que ambos estaban totalmente llenos. Y entonces ella me explicó que en el cielo Dios le da a cada persona tanta felicidad cuanta sea capaz de recibir y que así, los que reciben menos no dejan de ser felices, porque han recibido todo lo que eran capaces de recibir.

Una visión triste y profética. 1880

Yo llamaba a mi papá "el rey de Francia", y él me decía "mi princesita". Él estaba de viaje desde hacía varios días y faltaban dos para su regreso. Eran como las tres de la tarde y toda la naturaleza parecía de fiesta. Estaba mirando hacia el jardín por la ventana de mi habitación cuando vi llegar a un hombre vestido exactamente como mi papá, de la misma altura y con su mismo modo de caminar, pero mucho más encorvado. La cabeza la traía cubierta con un delantal. Pensé que mi papá quería darme alguna sorpresa y le grité fuertemente y con gran emoción: "¡Papá, papá!". Pero el personaje se alejó y desapareció del lugar para no volver más por allá. María, que estaba en una habitación vecina, llegó enseguida muy impresionada a preguntarme por qué llamaba a mi papá si él estaba en otra ciudad. Le conté entonces lo que había visto y ella me dijo que probablemente era la sirvienta Victoria que había querido hacerme una chanza y se había disfrazado. Pero Victoria aseguró que ella no había salido de la cocina. Recorrimos todo el jardín pero por allí no encontramos a nadie. Me dijeron que no volviera a pensar más en esto, pero ello me era imposible. Aquella era una visión profética. Catorce años después, con la terrible enfermedad de mi padre, reconocimos que esto era un anuncio de la tristeza que nos esperaría más adelante.

Estos tres primeros años que pasé en la casa llamada de Les Buissonnets en Lisieux fueron alegres y muy felices, dejando en mí unos recuerdos muy positivos. Pero esta época de paz y alegría iba a terminar pronto. Ahora empezaría una nueva época menos alegre y menos feliz.

CAPÍTULO 7

SEMI–INTERNA EN EL COLEGIO. AÑOS DOLOROSOS

Los cinco años que pasé en el colegio, fueron los más tristes de mi vida.

En octubre de 1883 entré semi-interna al colegio de las Benedictinas. Celina y yo hacíamos cada mañana a pie el trayecto de kilómetro y medio (15 cuadras) con las primas Juana y María. Nos acompañaba Josefina, la sirvienta de la Casa Guerin. Las clases empezaban a las ocho. Por la tarde, mi papá o mi tío iban a llevarnos.

He oído decir que los años de colegio son los más felices de la vida. Pero para mí no lo fueron. Los cinco años que pasé en el colegio fueron los más tristes de toda mi existencia. Sin la compañía de mi amada Celina no me hubiera sido posible permanecer ni un solo mes sin caer enferma.

La preparación en la familia había sido muy buena, y en aquel cuarto grado de primaria ocupé el primer puesto. Todas mis compañeras eran mayores y pronto la envidia estalló en una de aquellas jovencitas que ya tenía 13 años y no lograba obtener tan buenas calificaciones como yo. Se propuso hacerme la guerra y me hizo sufrir todo lo que pudo. Yo, niña llena de timidez, me contentaba con llorar en silencio, pero a nadie contaba lo que estaba padeciendo.

Los juegos

Me asustaban los juegos ruidosos y no estaba acostumbrada a jugar con muñecas; por eso, en los recreos me sentía desconcertada. Mi deporte favorito era contar historias, para lo cual tenía una habilidad muy especial. Me gustaba enterrar pajaritos muertos y ayudar a atender a los párvulos del jardín infantil contiguo.

Celina, mi defensora

Cuando en los recreos las alumnas mayores y agresivas empezaban a ofenderme, ahí aparecía la hermana Celina llena de valor, exclamando con voz fuerte: "¿Qué pasa aquí? Ella es mi hermana y ¡ay de la que la vaya a ofender!".

Mi maestra me define

La directora del curso me describió así: "Es una niña muy obediente y exacta en cumplir los reglamentos del colegio. Se alarma de las más pequeñas faltas y a veces llega casi hasta el escrúpulo. Casi siempre está serena y tranquila. Tiene demasiada tranquilidad para una niña de su edad. Aparece como pensativa y en sus rasgos se nota a ratos un poco de tristeza".

Lo que me consolaba era el volver por la tarde a casa de mi familia. Allí, el cariño era total y en la soledad del jardín, me sentía verdaderamente bien.

Distracciones

Con mi prima nos divertíamos jugando a ser religiosas solitarias en un campo. Allá, en el extremo del jardín, elegíamos unos sitios para dedicarnos a rezar y meditar como dos monjitas. En cambio, cuando tenía que participar en recreos ruidosos y en



Teresita y su hermana Celina

competencias, me sentía totalmente desadaptada para ello. Yo no sabía jugar como las otras niñas. No tenía la agilidad para ello, ni inclinación para hacerlo. Dios me tenía destinada, no para las fiestas mundanas, sino para la vida espiritual.

Mi distracción favorita

Mi distracción favorita era leer. Me encantaban, sobre todo, las narraciones emocionantes. Un personaje que admiraba mucho era santa Juana de Arco, aquella valiente joven que como heroica militar salió a defender a la patria y a expulsar a los invasores y murió mártir en la hoguera, y pensaba que yo también podría hacer mucho por la santa Iglesia, pero que no sería una heroína gloriosa y famosa como Juana, sino una persona sencilla que llegaría a la santidad, pero escondida e ignorada por todos.

Momentos felices

Pasaba largos ratos contemplando las imágenes religiosas y me agradaba mucho mirar un cuadro que representaba a Jesús como si estuviera "prisionero" entre las rejas del Sagrario.

En el colegio, las horas se me hacían interminables, pero había un momento que sí me hacía verdaderamente feliz: eran los últimos diez minutos del día, en los cuales nos permitían ir a visitar a Jesús sacramentado en la capilla. Allí sí me sentía verdaderamente amada y estimada por Jesús, el amigo que nunca falla.

Un ensayo peligroso

Con Máría, la prima más pequeña, nos entendíamos a las mil maravillas y en todo estábamos de acuerdo. Un día andando de la mano con ella por la calle, yo le dije: "Voy a caminar con los ojos cerrados". María respondió: "Yo también voy hacer lo mis-


MI MODELO JUVENIL
ME EMOCIONABA LEER LAS HISTORIAS DE SANTA JUANA DE ARCO, LA JOVEN QUE SALIÓ A DEFENDER LA PATRIA.

mo". Y empezamos a andar así por el andén, y de un momento a otro nos tropezamos con unos cajones que estaban frente a una tienda y lo echamos todos a rodar. El dueño salió disgustado a regañarnos, y lo mismo hicieron nuestras dos hermanas mayores, Celina y Juana. Nosotras nos levantamos por nuestras propias fuerzas y pusimos pies en polvorosas y corríamos llenas de miedo por el daño que habíamos podido hacer y ahora sí que llevábamos los ojos bien abiertos para no tropezar con nada.

En adelante, como penitencia nos separaron a las dos y en el viaje hacia el colegio, María andaba con Celina y yo con Juana, y así resultó mejor porque las dos mayores cuando viajaban juntas alegaban y discutían todo el camino. Y de esta manera, nuestro tropel sirvió para que hubiera mayor paz. Y aprendimos a andar siempre como los ojos bien abiertos.

La amistad con Celina

"Nunca podría terminar si quisiera narrar todo lo que Celina fue para mí en mi niñez. En los años de colegio, Celina se había convertido en una joven vivaz y muy activa, mientras que yo me conservaba una niña muy suave pero llorona en exceso. Sin embargo, nos entendíamos muy bien. Rara vez peleábamos y pronto hacíamos las paces. Me llamaba la atención el juego de Celina con nuestras muñecas. Las ponía en fila y hacía como que les daba clase. Y lo curioso es que las de ella siempre se portaban muy bien, pero a las mías las sacaba pronto de clase por indisciplinadas y de mala conducta. Me contaba todo lo nuevo que le habían enseñado en clase y yo la admiraba como a un verdadero "pozo de la ciencia". Me llamaba su "discípula", y por eso cuando se enojaba, su mayor muestra de descontento era decirme: "Ya no es mi discípula", y muy seria añadía: "Nunca me olvidaré de esta ofensa que me ha hecho". Yo, entonces, me echaba a llorar como una Magdalena y le suplicaba que me considerara como su



A veces nos disgustamos por las flores que cogemos.

discípula, y ella entonces me abrazaba y me prometía que ya no se acordaría de nada de lo que había sucedido.

Abrazo peligroso

A veces, en señal de mi amistad, tomaba en sus manos una de sus muñecas y le decía: "Abrace a su tía", y me la acercaba a la cara. Pero un día acercó tanto aquel juguete que, la muñeca me metió los dedos en la nariz y se quedó allí colgando, con admiración y hasta susto de nosotras las dos. En adelante, traté de que las demostraciones de afecto de las muñecas no fueran demasiado cercanas ni frecuentes.

La primera comunión de Celina

Una de las más grandes alegrías de aquellos años la experimenté, el día de la Primera Comunión de Celina. Yo apenas tenía siete años pero aún conservo el grato recuerdo de la esmerada preparación que le hicieron. Todas las tardes, Paulina le hablaba del gran acto que iba a realizar; yo escuchaba, ávida de prepararme también, pero frecuentemente Paulina me decía que me fuera porque yo era muy pequeña todavía para lograr entender. Yo me afligía mucho y pensaba que cuatro años no eran demasiados para prepararse a recibir a Dios.

Una tarde oí decir que desde la Primera Comunión hay que empezar una vida nueva; inmediatamente tomé la decisión de no esperar hasta ese día, sino de empezar desde entonces a ser mejor.

El día de la Primera Comunión de Celina dejó en mí una impresión semejante a la sentida el día de mi Primera Comunión. Desde la levantada me sentía llena de alegría. "Ha llegado el gran día. Hoy recibirá a nuestro Señor". Me parecía que era yo

la que iba a hacer la Primera Comunión. "Creo haber recibido inmensas gracias ese día y lo considero uno de los más hermosos de mi vida".

***"El que coma mi cuerpo
y beba
mi sangre, tendrá
la vida eterna"***

(Jn 6, 54).

Capítulo 8

Huérfana por segunda vez

Separación de Paulina. Octubre de 1882

A los 20 años, Paulina había tomado de repente, mientras asistía a la santa misa, una decisión: entraría de monja carmelita. Antes había pensado entrar a otra comunidad, pero ahora se decidió por el Carmelo. Consultó a la superiora del convento, Madre María Gonzaga, y ésta la aceptó. Pidió permiso a mi papá y a los familiares y todos le dieron el consentimiento. Los demás sabían esta noticia, menos la hermana menor, a la cual no se le había contado el secreto.

Cuando yo era más pequeña, una vez le dije a Paulina que cuando fuera mayor quería irme de monja a un desierto a hacer oración. Ella me dijo, como por chanza, que me esperara y nos iríamos las dos. Yo creía que en verdad así sería. Por eso, cuál sería mi dolor cuando un día oí a Paulina que al hablar con María, le decía que pronto se iría de monja al Carmelo. Yo no sabía que era el Carmelo, pero comprendí que Paulina iba a entrar a un convento y que yo me iba a quedar huérfana una vez más; se iba mi segunda madre.

No soy capaz de expresar la angustia que sintió entonces mi corazón. En un instante comprendí lo dura que es la vida. Hasta entonces, no me había parecido tan triste, pero ahora se me presentó con toda la realidad. Vi que estar en esta tierra es padecer sufrimientos y separaciones. Derramé muchas lágrimas porque todavía yo no comprendía el gran valor del sufrimiento. Yo era en aquel entonces tan débil para sufrir, que considero una gracia

de Dios el haber sido capaz de soportar esta pena, que me parecía superior a mis propias fuerzas.

Si me hubiera enterado poco a poco del próximo viaje de mi querida Paulina, tal vez no habría sufrido tanto. Pero al saberlo de sorpresa, fue como si una espada hubiera atravesado mi corazón.

Nota: Paulina dirá después al leer este manuscrito: "Si yo hubiera sabido que la iba hacer sufrir con todo esto, no habría procedido de este modo. Le habría ido contando poco a poco mi determinación, para irla preparando".

Decisión definitiva

Paulina trató de consolarme contándome cómo era el Carmelo y la vida que allá se llevaba. Todo me pareció muy hermoso. Comprendí entonces que el Carmelo era un sitio de soledad y de recogimiento donde se podía hablar muy fácilmente con Dios y escucharlo a Él. Y comprendí que el Carmelo era el sitio de soledad, a donde Dios quería que yo fuera también. Lo comprendí tan fuertemente que mi corazón no dudó en ningún momento. No era la mera imaginación de una niña, un sueño de una chiquilla que se deja entusiasmar fácilmente. Era la seguridad de una llamada divina. Yo quería ir al Carmelo, no por estar cerca a Paulina, sino por Jesús. Y este pensamiento me traía paz.

Al día siguiente, confié mi secreto a Paulina: "Yo también quiero irme de monja al Carmelo". Ella me dijo que pronto iríamos las dos a ver a la Madre Superiora y a preguntarle qué opinaba ella acerca de esto.

Rara petición

Un domingo nos fuimos a ver a la Madre Gonzaga. Me dijeron que tenía que ir acompañada de mi prima María, pero yo le

Huérfana por Segunda Vez







dije a ella que para pasar a hablar con la Madre era necesario entrar de uno en uno a contarle los propios secretos. Ella me dejó y yo le conté entonces a la Madre Superiora que quería entrar de monja carmelita. Ella tomó muy en serio mi petición pero me dijo que en el convento no recibían postulantes de 9 años y que era necesario aguardar hasta cumplir los 16.

Segunda felicitación

Aquel día recibí la segunda felicitación de mi vida. Una de las monjas que salió a charlar con nosotras me dijo varias veces que yo era muy simpática, algo que nunca me decían en mi casa. Yo tomé entonces esta firme resolución: "Si entro al convento será únicamente por agradar a Jesucristo. No por recibir alabanzas humanas".

El día de la despedida

Y llegó aquel amargo 2 de octubre de 1882, día de lágrimas y de bendiciones. Los días anteriores, Celina y yo no nos separábamos de Paulina y le hacíamos toda clase de regalos pensando que en el Carmelo, no recibiría esas atenciones. Aquel 2 de octubre, el Carmelo recibió la primera de las cuatro flores de la familia Martin, que irían llegando a vivir y morir en aquel convento. Después, llegarían las otras tres.

Una misa muy especial

Aquel día, mi padre subía por primera vez al monte del sacrificio a ofrecer una de sus hijas totalmente a Dios. Después lo haría con todas las demás. Esa mañana fuimos todos a la Santa Misa. La gente nos miraba extrañada al ver a todas las hermanas llorando, pero eso no me importaba, y seguía llorando. Pienso que si ese día, todo alrededor se hubiera desmoronado, no habría

prestado la menor atención. Miraba al cielo azul y me sorprendía de que el sol pudiese brillar con tanto esplendor mientras mi alma estaba sumida en las tinieblas, de la más grande tristeza.

Ciertamente, mi tristeza y desánimo no deberían haber sido tan grandes, pero mi alma estaba todavía muy lejos de poseer la paciencia y el valor para aceptar lo que Dios permitiera que sucediera. Sin embargo, también es sorprendente ver y confirmar cuánto creció mi alma en el sufrimiento (con razón dicen los sabios "Dios no hace derramar jamás inútilmente una lágrima a ninguno de sus hijos").

El suplicio en las visitas a Paulina

Los jueves teníamos derecho a visitar durante media hora a Paulina, quien ahora se llama sor Inés de Jesús, y la visita se hacía a través de una reja cubierta con una cortina. Las primas Guerin y los demás familiares hablaban todo el tiempo, y a la pobre Teresita, sólo le dejaban los últimos tres minutos. Paulina por deferencia y atención a los demás familiares, les hablaba más a ellos que a su hermana menor. Yo lloraba todo el tiempo, y me decía a mí misma: "Paulina está perdida para mí". Esta pena me hacía recordar lo que sentí a la muerte de mi madre. A los diez años había perdido a dos madres. Y este gran sufrimiento me iba a ser caer enferma.

Nota: Paulina, al leer después estas noticias escritas por su hermana menor, dice: "¡Ah! Si yo hubiera sabido todo lo que ella estaba sufriendo, le habría dado más importancia. Pero la niña se callaba todos estos sufrimientos y nadie más los sabía".



CRISTO CRUCIFICADO QUISO HACERME SEMEJANTE, A ÉL POR MEDIO DEL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO

Capítulo 9

Grave enfermedad

En octubre había empezado el quinto de primaria.

Pero la tristeza que me invadía me iba a enfermar. Comencé a sentir continuos dolores de cabeza y dolores en el pecho hacia el lado del corazón. Me broté toda. Perdí el apetito. Dormía mal. Cuando fui a visitar a Paulina, ella se alarmó al verme tan "achilada" y "alicaída". Mi carácter antes tan alegre, ahora estaba como adormecido.

Esta vez no elegí como nueva mamá a la hermana mayor María, pero ella se dedicó a hacer ese oficio respecto de mí. María me trataba con cierta dureza. Y resultó que la dulce Teresita de antes, ahora, de vez en cuando le respondía duramente a su hermana mayor y hasta discutía con Celina. Mis nervios no andaban bien.

Mi hermana Paulina, ahora sor Inés de Jesús, me enviaba frecuentemente tarjetas con mensajes animadores, cariñosas represiones y buenos consejos.

Aviso profético

La Madre Gonzaga, superiora del Carmelo de Lisieux, me envió este mensaje: "He comprendido que mi hija Teresita del niño Jesús no duerme mucho y que está sufriendo. Ya le he dicho, mi angelito, que no tiene que estar todo el día pensando en su hermana Inés de Jesús, porque eso le fatiga su corazón y puede dañarle su salud". Yo experimenté gran emoción al recibir este mensaje, porque allí estaba el nombre que ya me había escogido para cuando entrara de monja: "Teresa del Niño Jesús". La

madre superiora sin saberlo estaba aprobando el nombre que yo en secreto había escogido.

Amargas reacciones

Un día estaba yo en casa de la familia Guerin y se me ocurrió decirle 'mamá' a mi tía. Inmediatamente mi prima reaccionó y me dijo: "¡Mi mamá no es su mamá! ¡Usted ya no tiene mamá!". Yo me callé y me llené de tristeza.

Otro día, el tío Isidoro empezó a recordar en la conversación lo buena y amable que había sido su hermana Celia, mi mamá. Yo, pobre huérfana, estallé en llanto incontenible. Todo esto iba minando mi sistema nervioso.

Primer ataque

Mi papá se había ido con mis dos hermanas, Leonia y María, a pasar la Semana Santa en París y me había dejado en casa de los tíos Guerin. El domingo de pascua por la tarde (27 de marzo de 1893) sufrí el primer ataque fuerte de mi enfermedad nerviosa.

Al acostarme me invadió un temblor extraño, y mi tía creyendo que lo que tenía era un escalofrío propio de un resfriado, me envolvió en cobijas de lana y puso junto a mí varias botellas de agua caliente. Pero nada pudo disminuir mi agitación que duró casi toda la noche. Cuando mi tío regresó varias horas después de una reunión del Círculo Católico, se sorprendió mucho de encontrarme en ese estado, el cual le pareció que era muy grave, pero no quiso decir nada a nadie en la casa para no alarmarlos. "Al día siguiente, fue en busca del médico y éste al examinarme, dictaminó que yo tenía una enfermedad muy grave que jamás había atacado a una niña de tan corta edad. Todos quedaron consternados".